

Celestina

de Fernando de Rojas

**Adecuación para la escena de
José Luis Gómez y Brenda Escobedo**

**Teatro La Abadía / Compañía Nacional de Teatro Clásico
2016**

AUTO I.

1. *[Casa de Pleberio]. Pleberio, Alisa.*

PLEBERIO. Alisa, amiga,
el tiempo, según me parece,
se nos va de entre las manos;
No hay cosa tan ligera a huir
como la vida.
A todos nos come ya la tierra.
Y pues no sabiendo cuándo habemos de ser llamados,
viendo tan ciertas señales
debemos echar nuestras barbas en remojo
y prepararnos para andar
este forzoso camino;
ordenemos nuestras almas con tiempo;
demos nuestra hacienda
a un dulce sucesor;
acompañemos a nuestra única hija
con un marido acorde con nuestro estado.
Quitarla hemos de lenguas del vulgo,
porque ninguna virtud hay tan perfecta
que no tenga maldicientes;
no hay cosa con que mejor se conserve
la limpia fama en las vírgenes,
que con temprano casamiento.

ALISA. Dios la conserve,
mi señor Pleberio,
para que nuestros deseos
veamos cumplidos en nuestra vida.

PLEBERIO. ¿Quién rehuiría nuestro parentesco
en toda la ciudad?
¿Quién no se hallara gozoso
de tomar tal joya
en su compañía?;
en quien caben las cuatro principales cosas
que en los casamientos se demandan:
lo primero, honestidad;
segundo, hermosura;

lo tercero, el alto origen y parientes;
lo final, riqueza.
De todo esto la dotó natura;
cualquiera que nos pidan,
hallarán bien cumplida.

ALISA. Antes pienso
que faltará alguien igual a nuestra hija,
según tu virtud y tu noble sangre,
que no sobrarán muchos que la merezcan.
Pero como esto sea oficio de los padres
y muy ajeno a las mujeres,
como tú lo ordenes seré yo alegre,
y nuestra hija obedecerá,
según su casto vivir
y honesta vida y humildad.

PLEBERIO. Pues ¿qué te parece,
señora mujer,
debemos hablarlo con nuestra hija?

ALISA. ¿Qué dices?

PLEBERIO. ¿Debemos darle parte
de tantos como me la piden,
para que de su voluntad venga,
para que diga cuál le agrada?

ALISA. ¿Quién ha de irle
con tan grande novedad
a nuestra Melibea,
que no la espante?
¿Cómo?

PLEBERIO. Pues en esto las leyes
dan libertad a los hombres y mujeres,
aunque esté sobre el poder paterno el consentir.

ALISA. ¿Y piensas que sabe ella
qué cosa sean los hombres,
o qué es casar,
o que del ayuntamiento de marido y mujer
se procreen los hijos?

¿Piensas que su virginidad simple
le acarrea deseo de lo que no conoce
ni ha oído jamás?
¿Piensas que sabe pecar aun con el pensamiento?
No lo creas, señor Pleberio,
que si alto o bajo de sangre,
o feo o gentil de gesto le mandáremos tomar,
aquello será su placer,
aquello habrá por bueno,
que yo sé bien lo que tengo criado
en mi guardada hija.

2. *[Huerto]. Calisto, Melibea.*

CALISTO. En esto veo, Melibea,
la grandeza de Dios.

MELIBEA. ¿En qué, Calisto?

CALISTO. En dar poder a natura
que de tan perfecta hermosura te dotase,
y hacer a mí, inmérito,
tanta merced que verte alcanzase,
y en tan conveniente lugar,
que mi secreto dolor
manifestarte pudiese.
¿Quién vio en esta vida
cuerpo glorificado
como ahora el mío?
Los gloriosos santos
que se deleitan en la visión divina
no gozan más
que yo ahora mirándote.
Mas, ¡oh triste!, que en esto diferimos,
que ellos se glorifican
sin temor de caer de tal bienaventuranza,
y yo, mixto,
me alegro con recelo,
del esquivo tormento
que tu ausencia me ha de causar.

MELIBEA. ¿Por gran premio tienes éste,
Calisto?

CALISTO. Téngolo por tanto, en verdad,
que si Dios me diese en el cielo
la silla sobre sus santos,
no lo tendría por tanta felicidad.

MELIBEA. Pues aun más galardón
te daré yo, si perseveras.

CALISTO. ¡Oh bienaventuradas orejas mías
que indignamente
tan gran palabra habéis oído!

MELIBEA. Mas desaventuradas
de que me acabes de oír,
porque la paga será tan fiera
cual merece tu loco atrevimiento.
¿Cómo de ingenio de tal hombre como tú,
habíase de perder la virtud
de tal mujer como yo?
¡Vete, vete de ahí, torpe!,
que no puede mi paciencia tolerar
que haya entrado un corazón humano
a comunicarme el deleite
de su ilícito amor.

CALISTO. Iré como aquel
contra quien la adversa fortuna
pone su empeño con odio cruel. *(Sale)*.

3. *[Casa de Calisto]. Calisto, Sempronio.*

CALISTO. ¡Sempronio, Sempronio, Sempronio!
¿Dónde está este maldito?
Cierra la ventana
y deja la tiniebla acompañar al desdichado.
Mis pensamientos tristes
no son dignos de luz.
¡Oh bienaventurada muerte
que viene a los afligidos cuando la desean!

SEMPRONIO.
¿Qué cosa es?

CALISTO. ¡No me hables!
O antes de mi rabiosa muerte,
mis manos causarán tu fin.

SEMPRONIO. Me voy, pues solo quieres padecer tu mal.

CALISTO. ¡Ve con el diablo!

SEMPRONIO. No creo, según pienso,
que conmigo venga
el que contigo queda.
¿Cuál fue tan contrario acontecimiento
que así tan presto
robó la alegría de este hombre,
y lo que es peor, el sentido?
¿He de dejarlo? ¿O entrar allí?
Si le dejo, matarse ha;
si entro, matarme ha.
Quédese, no me preocupa.
Más vale que muera aquel
a quien es enojosa la vida,
que no yo, que la disfruto;
Aunque por otra cosa no deseara vivir
sino por ver a mi Elicia,
debo cuidarme de peligros.
Pero si se mata sin otro testigo,
yo quedo obligado

a dar cuenta de su vida.
Voy a entrar. Mas aunque entre,
no quiere consolación ni consejo.
Señal mortal es el no querer sanar.
Con todo,
le quiero dejar un poco a que se desbrave;
si me tiene delante,
más se encenderá conmigo,
que el sol arde más donde puede reflejarse.
Si entre tanto se mata, muera.
Quizá
hasta me quede con algo
con que salga de pobre.
O quizá me engaña el diablo,
y si muere, me matan a mí,
y allá irán al pozo la soga y el caldero.
Lo más sano es entrar y consolarle.

Señor.

CALISTO. Dame acá el laúd.

SEMPRONIO. Señor, aquí le ves.

CALISTO. ¿Cuál dolor puede ser tal,
que se iguale con mi mal?

SEMPRONIO. Destemplado está ese laúd.

CALISTO. ¿Cómo templará el destemplado?
¿Cómo sentirá la armonía
aquel que consigo está disorde?
Pero tañe tú,
y canta la canción más triste que sepas.

SEMPRONIO. Mira Nero de Tarpeya
a Roma como se ardía;
gritos dan niños y viejos
y él de nada se dolía.

CALISTO. Mayor es mi fuego,
y menor la piedad de quien yo digo.

SEMPRONIO. (No me engaño yo, que está loco mi amo.)

CALISTO. ¿Qué estás murmurando, Sempronio?

SEMPRONIO. No digo nada.

CALISTO. Di lo que dices; no temas.

SEMPRONIO. Digo que cómo puede ser mayor
el fuego que atormenta un vivo
que el que quemó tal ciudad
y tanta multitud de gente.

CALISTO. ¿Cómo? Yo te lo diré.
Tanta diferencia hay del fuego que dices
al que me quema,
como de lo vivo a lo pintado.
Por cierto, si el del purgatorio es como este,
más querría
que mi espíritu fuese
con los brutos animales
que a la gloria de los santos.

SEMPRONIO. ¿Tú no eres cristiano?

CALISTO. ¿Yo? Melibeo soy
y a Melibea adoro
y en Melibea creo
y a Melibea amo.

SEMPRONIO. Allá tú, di lo que quieras.
Bien sé de qué pie cojeas;
yo te sanaré.

CALISTO. Increíble cosa prometes.

SEMPRONIO. El comienzo de la salud
es conocer la dolencia del enfermo.

CALISTO. ¿Cuál cura puede regir
lo que en sí no tiene orden ni consejo? *(Sempronio se va)*

¡No me dejes!

SEMPRONIO. (De otro temple está esta gaita.)

CALISTO. ¿Qué te parece de mi mal?

SEMPRONIO. Que amas a Melibea.

CALISTO. ¿Y no otra cosa?

SEMPRONIO. Harto mal
es tener la voluntad prisionera de una cosa.

CALISTO. ¿Qué me repruebas?

SEMPRONIO. Que sometes la dignidad del hombre
a la imperfección de la flaca mujer.

CALISTO. ¿Mujer? ¡Oh grosero! ¡Dios, Dios!

SEMPRONIO. ¿Y así lo crees, o te burlas?

CALISTO. ¿Que burlo? Por Dios la creo,
por Dios la confieso.

SEMPRONIO. ¡Ja, ja, ja! (¿Oíste qué blasfemia?)

CALISTO. ¿De qué te ríes?

SEMPRONIO. Me río de que no pensaba
que hubiera peor invención de pecado
que en Sodoma.

CALISTO. ¿Cómo?

SEMPRONIO. Porque aquéllos
procuraron abominable uso con los ángeles no conocidos,
y tú con el que confiesas ser Dios.

CALISTO. Maldito seas, que reír me has hecho,
lo que no pensé hacer nunca más.

SEMPRONIO. ¿Pues qué?
¿Toda tu vida habías de llorar?

CALISTO. Sí.

SEMPRONIO. ¿No has rezado donde dice
"Ésta es la mujer,
antigua malicia que a Adán echó del paraíso?"
Llenos están los libros
de sus viles y malos ejemplos.
Gentiles, judíos, cristianos y moros;
todos en esto concuerdan.

CALISTO. Mientras más inconvenientes me pones,
más la quiero.

SEMPRONIO. Huye de sus engaños.
¿Quién te contaría sus mentiras
sus cambios, sus hechicerías?
¡Es enojo conferir con ellas
más de aquel breve tiempo
que están dispuestas para el deleite!

CALISTO. ¿Miras la nobleza de su linaje,
el grandísimo patrimonio,
las resplandecientes virtudes,
la soberana hermosura?

SEMPRONIO. (¡Qué locuras dirá ahora
este infeliz de mi amo!)

CALISTO. Sus cabellos....
¿Ves tú las madejas del oro delgado
que hilan en Arabia?
Más lindos son
y no resplandecen menos;
como ella se los pone,
no ha más menester
para convertir a los hombres en piedras.

SEMPRONIO. (¡O en asnos!)

CALISTO. ¿Qué dices?

SEMPRONIO. Dije que esos tales

no serían cerdas de asno.

CALISTO. ¡Maldito sea este necio!

SEMPRONIO. (¿Tú cuerdo?)

CALISTO. Los ojos verdes, rasgados,
las pestañas luengas,
las cejas delgadas y alzadas,
la nariz mediana, la boca pequeña,
los dientes menudos y blancos,
los labios colorados y grosezuelos,
el pecho alto. La redondeza y forma
de las pequeñas tetas,
¿quién te la podría figurar?
Que se despereza el hombre
cuando las mira.
La tez lisa, lustrosa,
el cuero suyo oscurece la nieve,
las manos pequeñas en mediana manera,
los dedos largos...

SEMPRONIO. ¿No has leído el Filósofo donde dice
«Así como la materia apetece a la forma,
así la mujer al varón»?

CALISTO. Y ¿cuándo veré yo eso
entre mí y Melibea?

SEMPRONIO. Yo tomaré esta empresa
de cumplir tu deseo.

CALISTO. ¡Qué glorioso me es oírte!
Aunque no espero que lo has de hacer.

SEMPRONIO. Sin embargo, sí que lo haré.

CALISTO. El jubón de brocado que ayer vestí,
Sempronio, vístetelo tú.

SEMPRONIO. Prospérete Dios por éste.
(Y por muchos más que me darás.
De la burla yo me llevo lo mejor;

Si de estos estímulos me da,
soy capaz de traerla hasta su cama).

CALISTO. ¿Cómo has pensado de hacer esta piedad?

SEMPRONIO. Yo te lo diré.
Ha tiempo que conozco una vieja barbuda
que se dice Celestina,
hechicera, astuta,
sagaz en cuantas maldades hay.
Entiendo que pasan de cinco mil virgos
los que se han hecho y deshecho por su facultad.
A las duras peñas promoverá a lujuria,
si quiere.

CALISTO. ¿Podría yo hablar?

SEMPRONIO. Yo te la traeré hasta acá.
Seyle dadivoso, seyle franco;
estudia cómo decirle tu pena;
ella te dará el remedio.

CALISTO. ¿Y tardas?

SEMPRONIO. Ya voy;
quede Dios contigo.

CALISTO. Y contigo vaya.
¡Oh todopoderoso,
te ruego que guíes a mi Sempronio,
en manera que convierta mi tristeza
en gozo!

4. *[Casa de Celestina]. Celestina, Elicia, Sempronio.*

CELESTINA. *(Ve venir a Sempronio)* ¡Albricias, albricias, Elicia!
¡Sempronio, Sempronio!

ELICIA. ¡Ce, ce, ce! (Shhhs, shhhs, shhhs).

CELESTINA. ¿Por qué?

ELICIA. Porque está aquí Crito.

CELESTINA. ¡Mételo en la camarilla de las escobas, pronto!

SEMPRONIO. *(Entra)* Madre bendita, ¡qué deseo traigo!
Gracias a Dios que me deja verte.

CELESTINA. Hijo mío, me turbas,
dame otro abrazo.
¿Y tres días puedes estar sin vernos?
¡Elicia, Elicia, mírale aquí!

ELICIA. ¿A quién, madre?

CELESTINA. A Sempronio.

ELICIA. ¡Qué saltos me da el corazón!
¿Y qué es dél?

CELESTINA. Vesle, vesle;
yo me le abrazaré, que no tú.

ELICIA. ¡Ay, maldito seas, traidor!
¡Que un tumor te mate
y en poder de la justicia te veas! ¡Ay, ay!

SEMPRONIO. ¡Ji, ji, ji! ¿Qué dices, mi Elicia?
¿De qué te quejas?

ELICIA. ¡Tres días ha que no me ves!

SEMPRONIO. Calla, señora mía.
¿Tú piensas

que la distancia es tan poderosa
como para apartar el fuego que está en mi corazón?
Donde yo voy, conmigo vas, conmigo estás.
No me atormentes. (*Oye pasos*)
Mas di, ¿qué pasos suenan?

ELICIA. ¿Quién? Un mi enamorado.

SEMPRONIO. Pues lo creo.

ELICIA. ¡Alahé, verdad es! Ve allá y lo verás.

SEMPRONIO. Voy.

CELESTINA. ¡Anda acá, deja a esa loca,
que está vidriosa por tu ausencia!
Ven y hablemos; no dejemos pasar el tiempo.

SEMPRONIO. ¿Pues quién está?

CELESTINA. ¿Lo quieres saber?

SEMPRONIO. Quiero.

CELESTINA. Una moza que me encomendó un fraile.

SEMPRONIO. ¿Qué fraile?

CELESTINA. No intentes saber.

SEMPRONIO. Por mi vida, madre, ¿qué fraile?

CELESTINA. ¿Porfías? El ministro, el gordo.

SEMPRONIO. ¡Desventurada,
menudo peso le espera!
¡Muéstramela!

ELICIA. ¡Ah, malvado! ¿La quieres ver?
¡Los ojos se te salten,
que no basta a ti una ni otra!
¡Anda, véela,
y déjame a mí para siempre!

SEMPRONIO. Calla, Dios mío;
que ni la quiero ver a ella
ni a mujer nacida.
A mi madre quiero hablar,
y quédate a Dios.
(Sale Elicia)

CELESTINA. Di, no te detengas,
abrevia y ven al hecho.

SEMPRONIO. Madre mía,
Calisto arde en amores de Melibea;
de ti y de mí tiene necesidad;
juntos sacaremos provecho...

CELESTINA. Me alegro de estas nuevas
como los cirujanos de los descalabrados;
y como aquellos dañan en los principios las llagas,
y encarecen el prometimiento de la salud,
así quiero yo hacer a Calisto.
«La larga esperanza aflige el corazón».
Alargarle he la certeza del remedio,
y cuanto él la perdiere,
tanto más se la he de prometer.
¡Bien me entiendes!

SEMPRONIO. Toma el manto y vamos,
por el camino sabrás más detalles.

5. *[Casa de Calisto]. Calisto, Pármeno, Sempronio, Celestina.*

PÁRMENO. ¡Señor, señor!

CALISTO. ¿Qué quieres, loco?

PÁRMENO. A Sempronio y a una puta vieja
veo venir cerca de casa.

CALISTO. ¡Calla, calla, malvado, que es mi tía!

PÁRMENO. ¿Y tú piensas que es vituperio?
Por tal título es conocida.

Si entre cien mujeres va
y alguno dice: «¡Puta vieja!»,
sin ningún empacho vuelve la cabeza
y responde.

Si pasa por los perros,
así suena el ladrido;
si cerca a los ganados,
balando lo pregonan: «¡Puta vieja!»;
Si va entre carpinteros y armeros,
todo oficio de instrumento
forma en el aire su nombre,
«¡Puta vieja!».

CALISTO. Y tú ¿cómo lo sabes?

PÁRMENO. Mi madre, mujer pobre,
me dio a Celestina por sirviente.
No me reconocerá,
porque han pasado muchos años,
y le serví poco.

CALISTO. ¿De qué la servías?

PÁRMENO. Señor,
iba a la plaza y traíale de comer
y acompañábala.
Aquel poco tiempo que la serví,
no se me ha podido quitar de la memoria.
Tenía ésta seis oficios:
costurera, perfumera,

maestra de hacer cosméticos
y de hacer virgos,
alcahueta y un poquito hechicera.
Muchas mozas entraban en su casa.
Harto era amiga de estudiantes
y dispenseros y mozos de abades.

Esto de los virgos,
unos los hacía de vejiga,
y otros los cosía de punto
con hojaplasma y fuste sanguino.
Hacía con esto maravillas,
que cuando vino por aquí el embajador francés,
tres veces vendió por virgen una criada que tenía.

CALISTO. ¡Así pudiera ciento!

PÁRMENO. Y en otro apartado tenía...
para remediar amores...

CALISTO. Bien está, Pármeno,
déjalo para otro momento.

PÁRMENO. Tenía sogas de ahorcado,
lengua de víbora, sesos de asno;
daba a algunos hombres
unos corazones de cera
llenos de agujas quebradas.
¿Quién te podrá decir lo que esta vieja hacía?
Y todo era burla y mentira.

SEMPRONIO. Ta, ta, ta. *(Toca la puerta)*

CALISTO. Bastante soy de ti avisado
y téngotelo en gracia.
Si para Sempronio hubo jubón,
para ti no faltará sayo. ¡Abre!

PÁRMENO. ¿Quién es?

SEMPRONIO. Abre a mí y a esta dueña.

(Pármeno abre)

CALISTO. ¡Sempronio!

SEMPRONIO. ¿Señor?

CALISTO. ¡Mira qué reverenda persona!
¡Gloriosa esperanza y reparo de mi tormento!
Codicio besar esas manos llenas de remedio.

CELESTINA. (Sempronio,
¡de palabras vivo yo!
Dile que cierre la boca
y comience a abrir la bolsa.)

PÁRMENO. (¡Ay Calisto
adorando a la puta vieja
que fregó sus espaldas en todos los burdeles!)

CALISTO. ¿Qué decía la madre?
¡Me parece que pensaba
que le ofrecía palabras por esconder la paga!

SEMPRONIO. Así lo sentí.

CALISTO. Pues ven conmigo;
trae las llaves, que yo sanaré su duda.

SEMPRONIO. Bien harás.

(Salen Calisto y Sempronio).

CELESTINA. Me place, Pármeno,
tener la oportunidad
para que conozcas el amor que te tengo.
Has de saber que Calisto
anda de amor quejoso;
y no lo juzgues por eso por flaco.
Y sabe, si no sabes,
que dos conclusiones son verdaderas.
La primera, que es forzoso el hombre amar a la mujer
y la mujer al hombre.
La segunda, que el que verdaderamente ama
es necesario que se turbe con la dulzura del deleite

sin lo cual,
la humanidad perecería.
(Y no sólo la humana especie,
mas los peces, las bestias, las aves.)
¿Qué dirás a esto, Pármeno?
¡Neciuelo, loquito!
Llégate acá, que no sabes nada del mundo
ni de sus deleites.
Que la voz tienes ronca,
las barbas te apuntan;
mal sosegadilla debes tener la punta de la barriga.

PÁRMENO. ¡Como cola de alacrán!

CELESTINA. Y aun peor,
que la otra muerde sin hinchar,
y la tuya hincha por nueve meses.

PÁRMENO. ¡Ji, ji, ji!

CELESTINA. ¿Te ríes, landrecilla?

PÁRMENO. Calla, madre, no me tengas,
aunque mozo, por ignorante.
Amo a Calisto porque le debo fidelidad.
Lo veo perdido, y no hay cosa peor
que ir tras el deseo sin esperanza de buen fin;
y menos
pensando remediar tan difícil hecho
con vanos consejos de aquel bruto de Sempronio.
No lo puedo soportar.

CELESTINA. Está en mano de esta flaca vieja
el poder sanar a tu amo.

PÁRMENO. ¡Más, de esta flaca *puta* vieja!

CELESTINA. ¡Putos días vivas, bellaquillo!
¿Y cómo te atreves?

PÁRMENO. Como te conozco.

CELESTINA. ¿Quién eres tú?

PÁRMENO. ¿Quién? Pármeno;
que estuve contigo un poco
cuando morabas a la cuesta del río,
cerca de las tenerías.

CELESTINA. ¡Jesú, Jesú, Jesú!
¿Y tú eres Parmenico, hijo de la Claudina?

PÁRMENO. ¡Alahé, yo!

CELESTINA. ¡Pues fuego malo te queme,
que tan puta vieja era tu madre como yo!
¡Él es, él es, por los santos de Dios!
¿Te acuerdas cuando dormías a mis pies,
loquito?

PÁRMENO. Sí, en buena fe;
y algunas veces, aunque era niño,
me subías a la cabecera y me apretabas contigo,
y porque olías a vieja me huía de ti.

CELESTINA. ¡Mal tumor te mate!
Oye ahora, mi hijo, y escucha,
que yo,
como verdadera madre tuya,
te digo: gana tú amigos, que es lo durable,
y deja las vanas promesas de los señores,
que desprecian a sus sirvientes.
Lo digo, hijo Pármeno,
porque este tu amo
de todos se quiere servir sin merced.
Mira bien, créeme,
mucho más te aprovechará ser amigo de Sempronio.

PÁRMENO. Riqueza deseo,
pero no querría bienes mal ganados.

CELESTINA. Yo sí. A tuerto o a derecho,
nuestra casa hasta el techo.

PÁRMENO. Pues yo con ellos
no viviría contento.

La mansa pobreza da mucha seguridad.

CELESTINA. Pues, loado Dios,
¿y no sabes que necesitas amigos?
¿Y adónde puedes ganar mejor este deudo
que en Sempronio?
Sois semejantes,
en edad dispuestos para todo placer,
para comer y beber,
para negociar amores juntos.
¡Oh, si quisieses, Pármeno,
qué vida gozaríamos!
Sempronio ama a Elicia,
prima de Areúsa.

PÁRMENO. ¿De Areúsa?

CELESTINA. De Areúsa.

PÁRMENO. ¿De Areúsa, hija de Eliso?

CELESTINA. De Areúsa, hija de Eliso.

PÁRMENO. ¿Cierto?

CELESTINA. Cierto.

PÁRMENO. Maravillosa cosa es.

CELESTINA. ¿Pero bien te parece?

PÁRMENO. No cosa mejor.

CELESTINA. Pues tu buena dicha quiere,
aquí está quien te la dará.

PÁRMENO. Por mi fe, madre, no creo a nadie.

CELESTINA. Extremo es creer a todos
y yerro no creer a ninguno.

PÁRMENO. Digo que te creo pero
no me atrevo; déjame.

CELESTINA. Dios da habas a quien no tiene quijadas.

PÁRMENO. ¡Celestina!,
Sempronio no me hará mejor,
ni yo le sanaré los vicios.
Y puesto que yo fuera vencido del deleite,
no querría que nadie supiese.

CELESTINA. Sin prudencia hablas,
que el deleite es recontar con los amigos:
«Esto hice, esto otro me dijo;
de tal manera la tomé, así la besé,
así me mordió.
Y para esto, Pármeno,
¿hay deleite sin compañía?
¡Alahé, la que las sabe las tañe!
Éste es el deleite;
que lo otro mejor lo hacen los asnos en el prado.

PÁRMENO. No querría, madre,
tomar decisiones con el placer como consejo.

CELESTINA. ¿No quieres?
Pues, Pármeno....

PÁRMENO. Madre,
no se debe enojar el maestro
de la ignorancia del discípulo.
Por eso perdóname, háblame,
recibiré tu consejo y tu mandado.

CELESTINA. De los hombres es equivocarse.
Pero callemos, que se acerca Calisto,
y tu nuevo amigo Sempronio.

CALISTO. Recibe la dádiva pobre
de aquel que con ella la vida te ofrece.

CELESTINA. La gracia con que ejerces tu generosidad,
es superior al valor de la dádiva.
Tarde voy ya a cumplir mi promesa.

PÁRMENO. (¿Qué le dio, Sempronio?)

SEMPRONIO. (Cien monedas en oro.)

PÁRMENO. (¡Ji, ji, ji!)

SEMPRONIO. (¿Habló contigo la madre?)

PÁRMENO. (Calla, que sí.)

SEMPRONIO. (Pues ¿cómo estamos?)

PÁRMENO. (Como quieras. Aunque estoy asustado.)

SEMPRONIO. (Pues calla, que yo te voy a asustar el doble.)

CALISTO. Ve ahora, madre, y consuela tu casa;
y después ven y consuela la mía.

CELESTINA. Quede Dios contigo.

CALISTO. Y Él te cuide.

(Sale Celestina).

CALISTO. Hermanos míos,
cien monedas di a la madre,
¿hice bien?

SEMPRONIO. ¡Ay si hiciste bien!

CALISTO. Sempronio,
no me parece buena decisión
el quedarme yo aquí acompañado
y que vaya sola
la que busca el remedio de mi mal.
Mejor será que vayas con ella y la apresures.
No te separes de ella, Sempronio,
y ve con Dios.

(Sale Sempronio).

CALISTO. Tú, Pármeno,
¿qué te parece de lo que hoy ha pasado?

PÁRMENO. Digo, señor,
que irían mejor empleadas tus riquezas
en presentes a Melibea,
que no dar dineros a aquella
y hacerte su cautivo.

CALISTO. ¿Cómo su cautivo?

PÁRMENO. Porque a quien dices el secreto
das tu libertad.

CALISTO. (Algo dice este bobo.)
Pero quiero que sepas
que cuando hay mucha distancia
del que ruega al rogado,
es necesario intercesor.
Y pues que así es,
dime si lo hecho apruebas.

PÁRMENO.
Señor, más quiero que airado me reprehendas
porque te dó enojo,
que arrepentido me condenes
porque no te di consejo.
Un inconveniente es puerta de muchos:
el amor parió tu pena,
la pena causará perder tu cuerpo y alma y hacienda.
Y lo que más dello siento
es venir a manos de aquella trotaconventos,
después de tres veces emplumada.

CALISTO. Pues cumpla conmigo
y emplúmenla la cuarta.
¡Palos querrá este bellaco!
Di, mal criado, y tú ¿qué sabes de honra?
Dime, ¿qué es amor?
¿En qué consiste buena crianza,
que te me vendes por discreto?
Cuanto remedio Sempronio acarrea con sus pies,
tanto apartas tú con tu lengua;

fingiéndote fiel,
eres un terrón de envidia;
valiera más solo que mal acompañado. *(Sale)*.

PÁRMENO. (¡Pues anda,
que Celestina y Sempronio te espulguen!
¡Desdichado de mí!
Por ser leal padezco mal.
El mundo es tal
que a los traidores llaman discretos.
Esto me porná escarmiento
de aquí adelante con Calisto,
que si dijere «Comamos», yo también;
si quemar su hacienda, ir por fuego.
Dé a alcahuetas lo suyo,
que mi parte me cabrá.
«A río vuelto, ganancia de pescadores».

6. *[Calle]. Celestina, Sempronio.*
[Casa de Celestina]. Celestina, Sempronio, Elicia.

CELESTINA. Lo que yo al presente veo, diré:
Melibea es hermosa,
Calisto loco y franco;
ni a él penará gastar, ni a mí andar.
Bulla moneda y dure el pleito lo que durare.
Todo lo puede el dinero:
las peñas quebranta, los ríos pasa en seco;
no hay lugar tan alto
que un asno cargado de oro no le suba.

SEMPRONIO. (¡Qué despacio camina la barbuda!
¡Menos sosiego traían sus pies a la venida!
A dineros pagados, brazos quebrados.)
¡Ce, Ce, señora Celestina!

CELESTINA. ¿A qué vienes, hijo?

SEMPRONIO. Este nuestro enfermo no tiene paciencia.
Teme tu negligencia
y maldice su avaricia
porque te dio tan poco dinero.

CELESTINA. No es cosa más propia del que ama
que la impaciencia.
Mayormente estos novicios amantes
que vuelan
sin pensar el daño que su deseo
puede acarrear para ellos y sus sirvientes.

SEMPRONIO. ¿Qué dices de sirvientes?
Parece por tu razón
que nos puede venir a nosotros daño
de este negocio.
Si te parece, madre,
guardemos nuestras personas de peligro.

CELESTINA. Bien has dicho.

SEMPRONIO. Procuremos provecho
mientras penda la cuestión;

y donde no, más vale que pene el amo
y no que peligre el mozo.

CELESTINA. Contigo estoy,
pero todavía, hijo,
es necesario que el buen procurador
ponga algún trabajo de su parte.

SEMPRONIO. Haz a tu voluntad,
que no será éste el primero negocio
que has tomado a cargo.
¿Qué hablaste con Pármene,
cuando fui con Calisto por el dinero?

CELESTINA. Le recordé quién fue su madre,
porque queriendo de mí decir mal,
tropezase primero en ella.

SEMPRONIO. ¿Tantos días ha que le conoces, madre?

CELESTINA. Aquí está Celestina
que le vio nacer y le ayudó a criar.
Su madre y yo, uña y carne.
Yo le haré de mi hierro;
yo le contaré en el número de los míos.

SEMPRONIO. ¿Cómo has pensado hacerlo?
¿Y si es un traidor?

CELESTINA. Le haré poseer a Areúsa;
será de los nuestros.
Nos dará lugar para tenderle las redes a Calisto,
sin estorbo.

SEMPRONIO. ¿Crees que podrás alcanzar
algo de Melibea?
¿Hay algún buen indicio?

CELESTINA. A casa voy de Pleberio;
quédate a Dios;
que aunque esté brava Melibea,
no es ésta la primera a quien yo he hecho
perder el cacarear.

Coxquillosicas son todas,
mas después que una vez consienten
la silla en el envés del lomo,
nunca querrían holgar.
Se hacen prisioneras del primer abrazo,
se hacen siervas de quien eran señoras,
rompen paredes, abren ventanas,
fingen enfermedades.
No te sabré decir
lo mucho que obra en ellas
aquel dulzor de los primeros besos de quien aman.

SEMPRONIO. Madre, mira bien lo que haces.

CELESTINA. Aquí llevo un poco de hilado
en esta mi faltriquera,
con otros aparejos que conmigo siempre traigo
para entrar donde no soy muy conocida la primera vez:
alcohol, albayalde y solimán,
hasta agujas y alfileres;
que tal hay, que tal quiere.

SEMPRONIO. Piensa en su padre,
que es noble y esforzado,
su madre celosa y brava,
tú, la misma sospecha.
Melibea es única para ellos.

CELESTINA. Alahé,
en mala hora te necesito a ti de compañero
para advertir a Celestina de su oficio;
cuando tú naciste
ya comía yo pan con corteza.

SEMPRONIO. No te maravilles, madre, de mi temor.
Querría que este negocio tuviese buen fin,
no porque salga mi amo de su pena,
sino por salir yo de la pobreza.

(Llegan a casa de Celestina. Entra Elicia).

ELICIA. ¡Sempronio!
¿Qué novedad es ésta,
venir hoy acá dos veces?

CELESTINA. Calla, boba, déjale,
que otro pensamiento traemos
en que más nos va.
Dime, ¿está desocupada la casa?
¿Se fue la moza que esperaba al ministro?

ELICIA. Y aun después vino otra
y se fue.

CELESTINA. Pues trae acá el bote del aceite serpentino
que hallarás colgado de la sogá
que traje del campo la otra noche, cuando llovía;
y abre el arca de los hilos,
y hacia la mano derecha hallarás
un papel escrito con sangre de murciélago,
debajo de aquel ala de drago
al que sacamos ayer las uñas.
Mira y no derrames el agua de mayo
que me trajeron.

ELICIA. Madre, no está donde dices;
jamás te acuerdas dónde guardas las cosas.

CELESTINA. No me castigues, por Dios,
a mi vejez, Elicia.
Entra en la cámara de los ungüentos
y en la pelleja del gato negro,
donde te mandé meter los ojos de la loba le hallarás,
y trae la sangre del cabrón,
y unas poquitas de las barbas que tú le cortaste.

ELICIA. Toma, madre, veslo aquí.
Yo me voy, y Sempronio conmigo. *(Salen Elicia y Sempronio).*

7. *[Casa de Celestina]. Celestina.*

CELESTINA. Te conjuro, triste Plutón,
señor de la profundidad infernal,
emperador de la corte dañada,
capitán soberbio de los condenados ángeles,
señor de los sulfúreos fuegos,
gobernador y veedor de los tormentos
y atormentadores de las ánimas pecadoras,
administrador de todas las cosas negras
del reino de Éstige y Dite.
Yo, Celestina,
tu más conocida cliéntula,
te conjuro por la virtud
de estas bermejas letras,
por la sangre de aquella nocturna ave
con que están escritas,
por la áspera ponzoña de las víboras
de que este aceite fue hecho,
con el cual unto este hilado,
vengas sin tardanza a obedecer mi voluntad
y en ello te envuelvas,
y con ello estés sin apartarte un momento,
hasta que Melibea
con oportunidad adecuada
lo compre,
y quede con ello
de tal manera enredada,
que cuanto más lo mire,
tanto más su corazón se ablande,
y se lo abras y lastimes
con el cruel y fuerte amor de Calisto,
y esto hecho, pide y demanda de mí a tu voluntad.
Y así confiando en mi mucho poder,
me parto para allá con mi hilado,
donde creo te llevo ya envuelto.

AUTO II.

1. *[Calle]. Celestina.*

[Casa de Pleberio]. Lucrecia, Celestina, Alisa, Melibea.

CELESTINA. *(tarareando el conjuro)*

Si no lo haces con presto movimiento,

me tendrás por capital enemiga... mmm...

...mmm... acusaré cruelmente tus continuas mentiras;

...y se lo abras y lastimes... mmmm...

Ahora que voy sola,

quiero mirar bien lo que Sempronio ha temido,

que, aunque yo he disimulado con él,

podría ser

que si me oyesen en estos pasos

los padres de Melibea,

lo pagase con la vida;

¡Pues amargas cien monedas serían éstas!

¡En qué trampa me he metido!

...mmmmmm...

¿Iré, o he de tornarme?

LUCRECIA. *[Casa de Pleberio]*

¿Quién es esta vieja

que viene moviendo las faldas?

CELESTINA. Si no voy, ¿qué dirá, Calisto?

Dará voces como loco:

«Tú, puta vieja,

alcahueta falsa,

para todo el mundo tienes pies,

para mí lengua;

para todos obra, para mí palabras;

para todos luz, para mí tinieblas;

pues, vieja traidora...

mmmm... te conjuro triste Plutón

vengas sin tardanza a obedecer mi voluntad

... mmm...

Más quiero ofender a Pleberio,

que enojar a Calisto.

Quiero ir;
jamás al esfuerzo desayuda la fortuna... *mmm...*
Y así confiando en mi mucho poder...mmm....
Ya veo su puerta.
¡Esfuerzo, esfuerzo, Celestina!
Todos los agujeros se presentan favorables;
no me estorban las faldas,
ni perro me ha ladrado,
ni ave negra he visto.
Y lo mejor es que veo a Lucrecia
a la puerta de Melibea.
Prima es de Elicia; no me será contraria. (*Llega a casa de Pleberio*)

CELESTINA. Paz sea en esta casa.

LUCRECIA. Celestina, madre, seas bienvenida.
¿Cuál Dios te trajo por estos barrios?

CELESTINA. Hija, mi amor,
traerte saludos de Elicia,
y aun ver a tus señoras, vieja y moza;
que después que me mudé al otro barrio,
no han sido de mí visitadas.

LUCRECIA. ¿A eso sólo saliste de tu casa?
Me maravillo, que no es ésa tu costumbre,
ni sueles dar paso sin provecho.

CELESTINA. ¿Más provecho quieres boba,
que cumplir hombre sus deseos?
Como a las viejas nunca nos faltan necesidades,
vengo a vender un poco de hilado.

LUCRECIA. Ya tenía yo razón,
que nunca metes aguja sin sacar reja.
Mi señora tiene necesidad de ello,
tú de venderlo.
Entra y espera aquí,
que llegaréis a un acuerdo.

ALISA. ¿Con quién hablas, Lucrecia?

LUCRECIA. Señora, con aquella vieja

que solía vivir en las tenerías
a la cuesta del río.

ALISA. Ahora la conozco menos.

LUCRECIA. ¡Jesús, señora,
más conocida es esta vieja que la ruda!
No sé cómo no tienes memoria
de la que empicotaron por hechicera,
que vendía las mozas a los abades
y descasaba mil casados.

ALISA. ¿Qué oficio tiene?
Quizá por aquí la conoceré mejor.

LUCRECIA. Señora, perfuma tocas,
hace solimán, y otros treinta oficios;
conoce mucho en yerbas, y en piedras,
cura niños.

ALISA. Todo eso dicho no me la da a conocer.
Dime su nombre, si le sabes.

LUCRECIA. ¿Si le sé, señora?
Celestina, con perdón, es su nombre.

ALISA. ¡Ji, ji, ji!
No me sostengo de la risa viendo que su nombre
te da vergüenza nombrar.
Ya me voy recordando de ella.
Una buena pieza; no me digas más.
Algo me vendrá a pedir.
Di que entre.

LUCRECIA. Entra, tía.

CELESTINA. Señora buena,
la gracia de Dios sea contigo
y con la noble hija.
Con mis fortunas adversas,
me sobreviene necesidad de dinero;
y no sé mejor remedio
que vender un poco de hilado;

supe por tu criada
que tenías de ello necesidad.
Aunque pobre, y sin la merced de Dios,
veslo aquí.

ALISA. Vecina honrada,
si el hilado es este,
se te será bien pagado.
Hija, Melibea,
quédese esta mujer contigo,
que ya me parece que es tarde
para ir a visitar a mi hermana,
que vino hace poco su paje
a avisar que se le arreció su mal.

CELESTINA. (Aquí anda el diablo
disponiendo oportunidades.
Buen amigo; llévamela de aquí).

ALISA. ¿Qué dices, amiga?

CELESTINA. Señora, que maldito sea el diablo
porque en tal tiempo
hubo de crecer el mal de tu hermana,
que no habrá para nuestro negocio oportunidad.
Yo te prometo, señora,
que yéndome de aquí iré a los monasterios
donde tengo frailes devotos míos,
y daré cuatro vueltas a las cuentas del rosario.

ALISA. Pues, Melibea,
contenta a la vecina por el hilado.
Y tú, madre, perdóname.

CELESTINA. Señora,
el perdón sobraría donde el yerro falta;
de Dios seas perdonada,
que buena compañía me queda. *(Sale Alisa)*

MELIBEA. Dime, madre,
¿eres tú Celestina,
la que solía morar a las tenerías
al lado del río?

CELESTINA. Hasta que Dios quiera.

MELIBEA. Vieja te has vuelto;
bien dicen que los días no se van en balde.
No te conociera sino por ese ojo.
Me figuraba que eras hermosa;
pareces otra; muy cambiada estás.

LUCRECIA. (¡Ji, ji, ji!
¡Y un cuerno que está cambiada!
¡Hermosa, con ese ojo!)

MELIBEA. ¿Qué hablas, loca?
¿De qué te ríes?

LUCRECIA. De como no conocías a la madre.

CELESTINA. Señora,
¿No has leído que dicen:
«Vendrá el día en que en el espejo no te conozcas»?
Pero también yo encanecí temprano,
y parezco de doblada edad.
Mira como no soy tan vieja como me juzgan.

MELIBEA. Celestina, amiga,
yo he holgado mucho en verte y conocerte.
Toma tu dinero y vete con Dios,
que me parece que no debes haber comido.
(Melibea le da el dinero y Celestina le pone el hilado entre las manos).

CELESTINA. ¡Oh angélica imagen,
gozo me toma en verte hablar!
¿Pero sabes que también ha sido dicho,
que no de solo pan viviremos?
Si tú me das licencia,
te diré la motivación de mi venida,
que es otra que la que hasta ahora has oído.

MELIBEA. Di, madre, todas tus necesidades,
que si yo las pudiere remediar,
de muy buen grado lo haré.

CELESTINA. ¿Mías, señora? Antes ajenas.

MELIBEA. Pide lo que quieras,
sea para quien fuere.

CELESTINA. Tu suave habla y alegre gesto,
me dan osadía a te lo decir.
Yo dejo un enfermo a la muerte,
que con una sola palabra de tu boca,
que le lleve metida en mi seno,
tiene por fe que sanará.

MELIBEA. Vieja honrada, no te entiendo.
Así que no ceses tu petición por empacho,
ni temor.

CELESTINA. El temor perdí mirando,
señora, tu beldad,
que no puedo creer que en balde pintase Dios
unos gestos más perfectos,
sino para hacerlos almacén de virtudes.
¿Por qué no dar parte
de nuestras gracias a los prójimos?
Mayormente, cuando donde está la medicina,
salió la causa de la enfermedad.

MELIBEA. Por Dios, sin más dilatar dime
quién es ese doliente..

CELESTINA. Bien tendrás, señora,
noticia en esta ciudad de un caballero mancebo,
gentilhombre de clara sangre,
que llaman Calisto.

MELIBEA. ¡Ya, ya, ya, desvergonzada, barbuda!
No pases adelante.
¿Ése es el doliente
por quien has dado tan dañosos pasos?
¿Qué siente ese perdido
que con tanta pasión vienes?
Quemada seas, alcahueta falsa,
hechicera.
¡Jesús, Jesús!

¡Quítamela, Lucrecia, de delante, que me muero!
Si no mirase a mi honestidad,
y por no publicar la osadía de ese atrevido,
yo te hiciera, malvada,
que tu razón y vida acabaran ahora mismo.

CELESTINA. (En mala hora vine
si me falla mi conjuro.
¡Ce, ce, hermano,
que todo se va perder!) *(Canta la tonada del conjuro)*
...mmm...

MELIBEA. ¿Aun cantas entre dientes
para acrecentar mi enojo?
Querías condenar mi honestidad
por dar vida a un loco.
Perder y destruir la casa y honra de mi padre
por ganar la de una vieja maldita como tú.
¿Piensas que no tengo entendido
tu dañado mensaje?
Respóndeme, traidora,
¿cómo osaste tanto hacer?

CELESTINA. Mi inocencia me da osadía,
y lo que más me pena es recibir enojo
sin razón ninguna.
Por Dios, señora,
que me dejes concluir mi dicho,
que ni Calisto quedará culpado,
ni yo condenada.
Y verás como todo es más servicio de Dios,
que pasos deshonestos.

MELIBEA. ¡Jesús,
no oiga yo mentar más
ese loco saltaparedes!
Éste es el que el otro día me vio
y comenzó a desvariar conmigo,
haciendo mucho del galán.
Pues avísale que se aparte de este propósito
y eso lo sanará.
Que no habrás otra respuesta de mí,
ni la esperes.

Y da gracias a Dios,
pues tan libre vas de esta feria.
Bien me habían dicho quién eras tú.

CELESTINA. (Ninguna tempestad mucho dura;
aun otras más bravas he yo amansado.)

MELIBEA. ¿Qué dices, enemiga?
Habla que te pueda oír.
¿Qué palabra podías tú querer
para ese tal hombre?

CELESTINA. Una oración, señora,
que le dijeron que sabías de Santa Polonia
para el dolor de las muelas.
Aquel caballero que dije,
pena y muere de ellas.
Asimismo tu cordón,
que es fama que ha tocado todas las reliquias
que hay en Roma y Jerusalem;
ésta fue mi venida,
pero pues en mi dicha estaba tu airada respuesta;
padézcase él su dolor,
pues en tu mucha virtud,
me faltó piedad.

MELIBEA. Si eso querías,
¿por qué no me lo dijiste con tales palabras?

CELESTINA. Señora,
porque mi limpio motivo me hizo creer
que no se había de sospechar mal.
Por Dios, que no me culpes.
Y si él otro yerro ha hecho,
no redunde en mi daño;
no quiebre la soga por lo más delgado.
Que no es otro mi oficio sino servir a los semejantes.
En toda la ciudad,
a pocos tengo descontentos.

MELIBEA. Tantos me han dicho de tus falsas mañas
que no sé si crea que pedías oración.

CELESTINA. Nunca yo la rece,
y si otra cosa de mí se saque,
que mil tormentos me den.

MELIBEA. Bien sé
que ni juramento, ni tormento
te harán decir la verdad.

CELESTINA. Eres mi señora,
he de callar ante ti;
pero tu mala palabra
será víspera de una saya.

MELIBEA. Tanto afirmas tu ignorancia,
que me haces creerlo que puede ser.
Si todo viene de buena parte,
de lo pasado haya perdón;
viendo que es obra pía y santa
sanar a los enfermos.

CELESTINA. ¡Y tal enfermo, señora!
Por Dios, si le conocieses,
no le juzgases por el que has dicho
y mostrado con tu ira.
En Dios y en mi alma, no tiene hiel;
gracias, dos mil;
gesto, de un rey,
gracioso, alegre, jamás reina en él tristeza.
De noble sangre, como sabes;
todo junto semeja un ángel del cielo.
Y ahora, señora,
le tiene derribado una sola muela.

MELIBEA. ¿Y qué tanto tiempo tiene?

CELESTINA. Podrá ser, señora,
de veinte y tres años,
que aquí está Celestina que le vio nacer.

MELIBEA. Ni te pregunto eso
ni tengo necesidad de saber su edad,
sino qué tanto hace que tiene el mal.

CELESTINA. Señora, ocho días.
Y el mayor remedio que tiene
es tomar una vihuela,
y tañer canciones lastimeras....
Que aunque yo sé poco de música,
parece que hace aquella vihuela hablar.
Mira, señora,
ninguna mujer hay que le ve
y no alabe a Dios que así le pintó.
Juzga, señora, por bueno mi propósito.

MELIBEA. ¡Oh cuánto me pesa
con la falta de mi paciencia!
Pero tu habla sospechosa la causó.
En pago de tu buen sufrimiento
quiero cumplir tu demanda
y darte mi cordón.
Y porque para escribir la oración
no habrá tiempo sin que venga mi madre,
ven mañana por ella,
muy secretamente.

LUCRECIA. (¡Fraude hay; perdida es mi ama!
Secretamente quiere que venga Celestina.
¡Más le querrá dar que lo que dice!)

MELIBEA. ¿Qué dices, Lucrecia?

LUCRECIA. Señora,
que baste lo dicho, que es tarde.

MELIBEA. Pues, madre,
no le des parte de lo que pasó
a ese caballero,
porque no me tenga por cruel
o arrebatada.

LUCRECIA. (No miento yo,
que mal va este asunto.)

CELESTINA. No temas, señora Melibea.
Yo voy con tu cordón tan alegre,
que se me figura que está diciéndole

allá su corazón
la merced que nos hiciste
y que le tengo de hallar aliviado.

MELIBEA. Más haré por tu doliente
si es necesario,
en pago de lo sufrido.

CELESTINA. (Más será necesario y más harás).

MELIBEA. ¿Qué dices, madre?

CELESTINA. Digo, señora,
que todos quedamos obligados.

LUCRECIA. (¡Explícame todo esto!)

CELESTINA. (¡Hija Lucrecia, ce!
Irás a casa
y te daré una lejía con que vuelvas esos cabellos
más rubios que el oro;
no lo digas a tu señora.
Y aun te daré unos polvos
para quitarte ese olor de la boca,
que te huele un poco,
y no hay peor impresión en una mujer.)

LUCRECIA. (¡Oh, Dios te dé buena vejez,
que más necesidad
tenía de todo eso
que de comer!)

CELESTINA. (Pues, calla,
que no sabes si me habrás de necesitar
en cosas de más importancia;
no provoques a ira a tu señora;
déjame ir en paz.)

MELIBEA. ¿Qué le dices, madre?

CELESTINA. Señora, acá nos entendemos.

MELIBEA. Dímelo,

que me enojo cuando, yo presente,
se habla sin darme parte.

CELESTINA. Señora,
que te acuerde de la oración
para que la mandes escribir:
y que aprenda de mí
a tener mesura en tus momentos de ira.

MELIBEA. En todo has tenido buen tiento.
En deuda te está ese caballero.

CELESTINA. Señora,
Yo me parto para él,
si licencia me das.

MELIBEA. Ve con Dios,
que ni tu mensaje me ha traído provecho,
ni de tu ida me puede venir daño.

2. *[Calle] Celestina, Sempronio.*
[Casa de Calisto]. Calisto, Pármeno.

CELESTINA. ¡Oh rigurosos trances!
¡Y qué tan cercana estuve de la muerte!
¡Amenazas de doncella brava!
¡Oh diablo a quien yo conjuré,
te estoy en deuda!

¡Ay vieja Celestina! ¿Vas alegre?
Sabes que la mitad está hecha
cuando las cosas tienen buen principio.
¡Oh serpentino aceite!
¡Oh blanco hilado,
cómo os dispusisteis
todos en mi favor!

¡Alégrate, vieja,
que más sacarás de este pleito
que de quince virgos que renovarás!
¡Oh, malditas faldas!

SEMPRONIO. O yo no veo bien,
o aquélla es Celestina.
Hablando entre dientes viene.
(Se encuentran).
Dime, por Dios, con qué vienes,
dime si el asunto ha salido bien o mal.
Por amor mío, madre,
no pases de aquí sin contármelo.

CELESTINA. Sempronio, amigo,
vente conmigo delante Calisto;
oirás maravillas.
De mi boca
quiero que sepa lo que se ha hecho;
que aunque hayas de haber
alguna partecilla del provecho,
quiero yo todas las gracias del trabajo.

SEMPRONIO. ¿Partecilla, Celestina?
Mal me parece eso que dices.

CELESTINA. Calla, loquillo,
que parte o partecilla,
cuanto tú quisieres te daré;
todo lo mío es tuyo
que sobre el partir nunca reñiremos.
Y también,
sabes tú cuánta más necesidad
tienen los viejos que los mozos,
mayormente tú
que vas a mesa puesta.

SEMPRONIO. Otras cosas necesito
además de comer.
(¡Oh vieja avarienta!
El diablo me metió con ella.)

PÁRMENO. [*Casa de Calisto*].
¡Señor, señor!

CALISTO. ¿Qué quieres, loco?

PÁRMENO. A Sempronio y a Celestina
veo venir cerca de casa,
haciendo paradillas de rato en rato.

CELESTINA. ¿Qué dices, Sempronio?
¿Me vienes royendo las faldas?

SEMPRONIO. Lo que vengo diciendo,
madre Celestina,
es que vas como loca
a decir a Calisto cuanto pasa.
¿No sabes que por cada día que él penase,
se nos iría doblando el provecho?

CELESTINA. ¡Calla, bobo,
deja hacer a tu vieja!
Que yo sé que tu amo
más dará en un día de buenas nuevas,
que en ciento que ande él penando,
y yo yendo y viniendo.

CALISTO. [*Casa de Calisto*].
¡Oh negligente!
Los ves venir,
¿y no puedes ir corriendo a abrir la puerta?
¿Qué nuevas traen?, que tan grande ha sido su tardanza.
¡Oh torpe Pármeno,
manos de muerto!
Abre ya esa enojosa puerta...

SEMPRONIO. Pues dime lo que pasó
con aquella gentil doncella;
dime alguna palabra de su boca,
que, por Dios,
así peno por saberla
como mi amo penaría.

CELESTINA. ¡Calla, loco,
se te alteran los humores!
Andemos presto,
que estará loco tu amo
con mi mucha tardanza.

3. *[Casa de Calisto]. Calisto, Celestina, Pármene, Sempronio.*

CALISTO. ¿Qué dices, señora y madre mía?

CELESTINA. ¡Oh mi señor Calisto!
¡Nuevo amador
de la muy hermosa Melibea!
¿Con qué pagarás a la vieja
que hoy ha puesto su vida al tablero
por tu servicio?
Que en tornarlo a pensar
se me vacían todas las venas de sangre.
Mi vida diera
por menor precio
que ahora daría este manto
raído y viejo.

PÁRMENO. (Entre col y col lechuga.
No le pierdas palabra, Sempronio,
y verás
como no quiere pedir dinero,
porque es divisible.)

SEMPRONIO. (Calla, hombre,
que te matará Calisto si te oye.)

CALISTO. Madre mía,
o abrevia tu razón,
o torna esta espada y mátame.

CELESTINA. ¿Espada, señor, o qué?
Espada mala mate a tus enemigos
y a quien mal te quiere,
que yo la vida te quiero dar
con buena esperanza que traigo
de aquella que tú amas.

CALISTO. ¿Buena esperanza, señora?

CELESTINA. Buena se puede decir,
pues queda abierta puerta
para mi regreso,
y antes me recibirá a mí

con esta saya rota,
que a otra con seda y brocado.

PÁRMENO. (Sempronio,
cóseme esta boca, que no lo soporto;
le ha ya encajado la saya.)

SEMPRONIO. (¡Callarás, pardiós!
Déjala que asegure sus ganancias,
que después asegurará las nuestras,
o en mal punto nos conoció.)

CALISTO. Dime, por Dios, señora,
¿qué hacía?
¿Cómo entraste?
¿Qué cara te mostró al principio?

CELESTINA. Aquella cara, señor,
que suelen los bravos toros
mostrar contra los que lanzan
las agudas picas.

CALISTO. ¿Y a esas llamas señales
de buena esperanza?
Certifícame brevemente
si no tuvo buen fin tu demanda.

CELESTINA. La mayor gloria
que al secreto oficio de la abeja se da,
es que todas las cosas las convierte en miel.
¿A qué piensas que iba allá
la vieja Celestina,
sino a ablandar el rigor de Melibea?
A recibir en mi manto los golpes
para convertir su ira
en mansedumbre.
Que a quien más quieren, peor hablan;
y si así no fuese,
ninguna diferencia habría
entre las públicas que aman,
a las escondidas doncellas,
si todas dijese «sí»
a la entrada de su primer requerimiento.

Así que para que tú descanses,
sabe que el fin de su razón
fue muy bueno.

CALISTO. Ya me reposa el corazón,
ya descansa mi pensamiento.
Di cuanto mandares y como quisieres,
que yo estaré atento.
La causa de tu entrada,
¿qué fue?

CELESTINA. Vender un poco de hilado.

CALISTO. ¡Oh quién estuviera allí debajo de tu manto,
escuchando qué hablaría!

CELESTINA. ¿Debajo de mi manto, dices?
¡Ay mezquina,
que fueras visto por treinta agujeros que tiene,
si Dios no le mejora!

(Pármene se inclina a decirle algo a Sempronio).

CALISTO. ¿Qué es esto, mozos?
Por mi amor, que calléis.
Procede en tu habla.

CELESTINA. Abrí mis entrañas,
le dije como
una palabra de su boca salida
podía sanar un gran dolor.
Y como ella estuviese suspensa,
mirándome,
hasta ver quién podía ser
el que así penaba,
en nombrando tu nombre
atajó mis palabras llamándome
alcahueta, vieja falsa,
barbuda,
y otros muchos inominiosos nombres.
Y yo a todo esto arrinconada,
callando,
hasta que dije que tu pena era mal de muelas

y que querría la palabra de una oración
que ella sabía.

CALISTO. ¡Oh maravillosa astucia!
Y dime qué más pasaste.
¿Qué te respondió
a la demanda de la oración?

CELESTINA. Que la daría de su grado.

CALISTO. ¿De su grado?
¡Oh Dios mío, qué alto don!

CELESTINA. Pues más le pedí.

CALISTO. ¿Qué, mi vieja honrada?

CELESTINA. Un cordón que ella trae ceñido,
diciendo que era provechoso para tu mal,
porque había tocado muchas reliquias.

CALISTO. Pues ¿qué dijo?

CELESTINA. Dame albricias.

CALISTO. ¡Oh por Dios!,
toma toda esta casa
y cuanto en ella hay
y dámelo.

CELESTINA. Por un manto que tú des a la vieja,
te dará en tus manos
el mismo que en su cuerpo ella traía.

CALISTO. ¿Qué dices de manto?
Y saya y cuanto yo tengo.

CELESTINA. Manto necesito, no más,
que dicen que ofrecer mucho
al que poco pide,
es especie de negar.

CALISTO. Corre, Pármeno,

llama a mi sastre
y corte luego un manto
y una saya de aquel paño de Flandes.

PÁRMENO. (¡Así, así,
a la vieja todo
y a mí que me arrastren!)

CALISTO. ¡De qué gana va el diablo!
¿Qué vas, bellaco, rezando?
¿Qué dices, que no te entiendo?
Ve donde te mando,
presto, y no me enojés,
que también habrá para ti sayo
en aquella pieza.

PÁRMENO. No digo, señor, otra cosa
sino que es tarde para que venga el sastre.

CALISTO. Pues quédese para mañana.
Y tú, señora,
mándame mostrar aquel santo cordón.

CELESTINA. Da espacio a tu deseo;
toma este cordón, que,
si yo no me muero,
yo te daré a su ama.

CALISTO. ¡Oh bienaventurado cordón
que tanto merecimiento tuviste
de ceñir aquel cuerpo
que yo no soy digno de servir!
¡Oh nudos de mi pasión,
vosotros enlazasteis mis deseos!
Cuanto dijeres, señora,
te quiero creer,
pues tal joya como ésta me trajiste.
¡Oh cordón, cordón!
¿Fuísteme tú enemigo?
Di lo cierto; si lo fuiste,
yo te perdono.
No lo creo, que si fueras contrario,
no vinieras tan presto a mi poder,

salvo si vienes a disculparte.
Conjúrote me respondas...

CELESTINA. Cesa ya, señor,
ese devanear,
que a mí tienes cansada de escucharte
y al cordón, roto de tratarlo.

SEMPRONIO. Señor, por holgar con el cordón
no querrás gozar de Melibea.

CALISTO. ¿Qué, loco,
aguafiestas,
cómo es eso?

SEMPRONIO. Que mucho hablando
matas a ti y a los que te oyen.
Abrevia tus razones.

CALISTO. ¿Te enojas, madre,
con mi larga razón,
o está borracho este mozo?

CELESTINA. Aunque no lo esté, señor,
debes cesar tu razón
y tratar al cordón como cordón,
para que sepas hacer diferencia
cuando te veas con Melibea.
Sabes además que lo hizo por amor de Dios,
para sanar tus muelas;
no por el tuyo, para cerrar tus llagas.

CALISTO. ¿Y la oración?

CELESTINA. No se me dio por ahora.

CALISTO. ¿Qué fue la causa?

CELESTINA. La brevedad del tiempo;
pero quedó que si tu pena no aflojase,
que tornase mañana por ella.

CALISTO. ¿Aflojar?

Aflojará mi pena cuando su crueldad.

CELESTINA. Asaz, señor, obligada queda.
Mira si esto basta para la primera vista.
Yo me voy;
cumple, señor, que si salieres mañana,
llevés rebozado un paño
por que si de ella fueres visto,
no acuse de falsa mi petición.

CALISTO. Y hasta cuatro, por obedecerte.
Pero dime, pardiós,
¿pasó más?

(Pármemo pide a Sempronio que haga algo para que Calisto acabe. Sempronio da una pequeña patada a Celestina).

CELESTINA. (Bien te entiendo, Sempronio.)
No te fatigues, señor,
que más aguda es la lima que yo tengo,
que fuerte esa cadena que te atormenta.
Por ende dame licencia,
que es muy tarde,
y déjame llevar el cordón.

CALISTO. ¡Oh desconsolado de mí!
Que contigo o con el cordón
quisiera estar acompañado esta noche.
¡Mozos!

PÁRMENO. Señor.

CALISTO. Acompaña a esta señora hasta su casa.

PÁRMENO. (¡Sí, sí,
para que no fuercen a la niña,
que le da temor lo oscuro!)

CALISTO. ¿Dices algo, Pármemo?

PÁRMENO. Señor,
que será bueno que la acompañemos,
que hace mucho oscuro.

CELESTINA. Quede, señor, Dios contigo;
mañana será mi vuelta,
donde mi manto y la respuesta vendrán a un punto.
Y trata de pensar en otras cosas.

CALISTO. Eso no,
que es herejía olvidar a aquella
por quien la vida me agrada.

4. *[Calle]. Celestina, Pármeno.*

CELESTINA. Pármeno, yo te tengo por hijo,
y tú me das en pago
el estar murmurando contra mí
en presencia de Calisto.
Mira a Sempronio,
Dios lo creó
y yo lo hice hombre;
querría que fueses como hermanos.
Quiere tu amistad;
crecería vuestro provecho dándoos la mano.

PÁRMENO. Madre, con Sempronio
me parece que es imposible sostenerse mi amistad;
él es desvariado, y yo soy impaciente.

CELESTINA. Pues no era ésa tu condición.

PÁRMENO. A la mi fe, no soy el que solía;
y de Sempronio no hay, ni tiene, en qué me aproveche.

CELESTINA. ¿Qué te diré, hijo,
de las virtudes del buen amigo?
Vosotros sois iguales
y la semejanza de los corazones
es lo que más perdura.
Sabe tú ganar más
hasta que vivas más reposado.

PÁRMENO. ¿A qué llamas reposado?

CELESTINA. Hijo, a vivir por ti,
a no andar por casas ajenas;
lo cual siempre andarás
mientras no te sepas aprovechar de tu servicio,
que de lástima que tuve de verte roto,
pedí hoy un manto a Calisto;
por que, estando el sastre en casa
y tú delante, te le diese.
Goza tu mocedad,
el buen día, la buena noche,
el buen comer y beber.

¡Oh cuán dichosa me hallaría
en que tú y Sempronio estuviesen muy amigos,
viéndoos venir a mi pobre casa a verme,
y a desenojaros con sendas muchachas!

PÁRMENO. ¿Muchachas, madre mía?

CELESTINA. ¡Alahé, muchachas digo!
Y tú serás hombre
y obtendrás el conocimiento verdadero,
y dirás:
«La vieja Celestina bien me aconsejaba».

PÁRMENO. Y aun ahora lo siento.
De aquí adelante,
haz de las tuyas, que yo callaré.
Ahora doy por bien empleado
el tiempo que te serví siendo niño.
Y rogaré a Dios por el alma de mi madre,
que a tal mujer me encomendó.

CELESTINA. No me la nombres, hijo, por Dios,
que se me hinchán los ojos de agua.
¿Y tuve yo en este mundo otra tal amiga,
otra tal compañera,
quien sabía mis secretos?
¡Oh qué graciosa era,
oh qué desenvuelta, limpia, varonil!
Conocida de los mismos diablos
según la fuerza de su llamado.

PÁRMENO. (Nada me agrada
de oír las palabras de esta vieja).

CELESTINA. ¿Qué dices,
mi hijo y más que hijo?

PÁRMENO. Digo que cómo tenía
esa ventaja mi madre,
si las palabras que ella y tú decíades
eran las mismas.

CELESTINA. ¿Cómo?

Aquella gracia de mi comadre
no la alcanzábamos todas.
¿No has visto en los oficios
unos buenos y otros mejores?
Así era tu madre,
querida de caballeros, de clérigos,
casados, viejos y mozos.
Pues ¿maña no tenía con todas las otras gracias?
¿Qué más quieres
sino que los mismos diablos la habían miedo?
Atemorizados y espantados los tenía
con las crudas voces que les daba.
Ni dejaba cristianos, ni moros ni judíos,
cuyos enterramientos visitaba.
De día los acechaba,
de noche los desenterraba.
Una cosa te diré
por que veas qué madre perdiste,
siete dientes quitó a un ahorcado
con unas tenacicas de pelar cejas.
Ahora es razón que los sepas,
pues ella es finada
y tú hombre.

PÁRMENO. Dime también, señora,
de cuando la justicia te mandó prender
estando yo en tu casa.

CELESTINA. (Me lastimas, don loquillo;
A las verdades nos andamos.
Pues espera,
que yo te tocaré donde te duela.)

PÁRMENO. ¿Qué dices, madre?

CELESTINA. Hijo,
digo que juntas nos dieron la pena esa vez,
que creo que fue la primera.
Pero muy pequeño eras tú;
yo me espanto cómo te acuerdas.
Otras cuatro veces
prendieron a tu madre, sola.
Y aun la una

le levantaron que era bruja,
porque la hallaron de noche,
con unas candelillas
cogiendo tierra de una encrucijada,
y la tuvieron medio día
en una picota en la plaza pública.

PÁRMENO. Dejemos los muertos.
Hablemos más en los presentes negocios,
que en traer los pasados a la memoria.
Bien te acordarás
que me prometiste que me harías tener a Areúsa.

CELESTINA. Si te lo prometí,
no lo he olvidado.
Vamos de camino por su casa,
que no se podrá escapar.

5. *[Casa de Areúsa]. Celestina, Pármene, Areúsa.*

CELESTINA. Entremos quedo;
no nos sientan sus vecinas.
Espera. Voy yo a ver
qué se podrá hacer sobre lo hablado.

AREÚSA. ¿Quién anda ahí?
¿Quién llega a tal hora en mi cámara?

CELESTINA. Una enamorada tuya, aunque vieja.

AREÚSA. (¡Válala el diablo a esta vieja!)
Tía señora,
¿qué buena venida es ésta tan tarde?
Ya me desnudaba para acostar.

CELESTINA. ¿Con las gallinas, hija?
Tal vida quienquiera se la querría.

AREÚSA. ¡Jesú, quiérome tornar a vestir,
que tengo frío!

CELESTINA. No harás, por mi vida,
sino éntrate en la cama,
que desde allí hablaremos.

AREÚSA. Que bien lo necesito,
que me he sentido mala hoy todo el día.

CELESTINA. Pues acuéstate y métete debajo de la ropa,
que pareces sirena.
¡Bendígate Dios, qué sábanas y colcha,
qué almohadas y qué blancura!
Déjame mirarte toda a mi voluntad,
que me huelgo.

AREÚSA. Paso, madre, no llegues a mí,
que me haces cosquillas
y me provocas a reír,
y la risa me acrecienta el dolor.

CELESTINA. ¿Qué dolor, mis amores?

AREÚSA. Muero de un dolor de la matriz,
que la tengo subida en los pechos,
que me quiere sacar del mundo.

CELESTINA. Pues dame lugar, tentaré,
que aun algo sé yo de este mal.

AREÚSA. Más arriba la siento,
sobre el estómago.

CELESTINA. ¡Bendígate Dios!
¡Y qué gorda y fresca que estás!
Por hermosa te tenía hasta ahora,
viendo lo que todos podían ver.
Pero ahora te digo
que no hay en la ciudad
tres cuerpos como el tuyo.
¡Oh quién fuera hombre para poder ver esto!

AREÚSA. Alábame ahora, madre;
dame algún remedio para mi mal
y no estés burlándote de mí.

CELESTINA. Lo que he visto a muchas hacer,
y lo que a mí siempre aprovecha, te diré.
Todo olor fuerte es bueno,
así como poleo, ruda o romero.
Afloja el dolor
y vuelve poco a poco la matriz a su lugar.
Pero otra cosa hallaba yo siempre mejor que todas,
y ésta no te quiero decir,
pues tan santa te me haces.

AREÚSA. ¿Qué, por mi vida, madre?
Me ves penada y me encubres la salud.

CELESTINA. Anda, que bien me entiendes.
No te hagas boba.

AREÚSA. ¡Ya, ya,
mala landre me mate si te entendía!
Pero ¿qué quieres que haga?

Sabes que se partió ayer
aquel mi amigo a la guerra.
¿Había de hacerle ruindad?

CELESTINA. ¡Verás y qué daño
y qué gran ruindad!

AREÚSA. Por cierto sí sería,
que me da todo lo que necesito;
me trata como si fuese su señora.

CELESTINA. Pero aunque todo esto sea,
mientras no parieres,
nunca te faltará este mal que ahora.

AREÚSA. Dejemos eso, que es tarde,
y dime a qué se debe tu buena venida.

CELESTINA. Ya sabes lo que de Pármene te he dicho;
que le quiero yo bien
y le tengo por hijo.
Ya sabes el parentezco que hay
entre tú y Elicia,
la cual tiene Sempronio en mi casa.
Pármene y él son compañeros,
sirven a este señor que tú conoces,
y por quien tanto favor podrás tener.
No niegues lo que tan poco hacer te cuesta.
Aquí viene conmigo;
verás si quieres que entre.

AREÚSA. ¡Amarga de mí!
¿Y si nos ha oído?

CELESTINA. No, que está esperando.
Quiero que le conozcas y hables,
y si tal te pareciere,
gocé él de ti y tú dél,
que aunque él gane mucho,
tú no pierdes nada.

AREÚSA. Pero ¿cómo quieres que haga tal cosa?
Que tengo a quien dar cuenta,

como has oído,
y si soy sentida, me mata.
Tengo vecinas envidiosas;
luego lo dirán.

CELESTINA. Eso que temes
yo lo proveí primero,
que muy despacio y callados entramos.

AREÚSA. No lo digo por esta noche,
sino por otras muchas.

CELESTINA. ¿Cómo, y de esas eres?
¿Le tienes miedo al ausente?
¡Ay, ay, hija,
si vieses el saber de tu prima
y qué tanto le ha aprovechado mi crianza!;
que uno tiene en la cama
y otro en la puerta.
Y con todos cumple.
¿Y tú te nutres de un solo manantial?
Ten siquiera dos, que es compañía loable,
como tienes dos orejas,
dos pies y dos manos,
dos sábanas en la cama,
y dos camisas para mudar.
Y si más quisieres, mejor te irá,
que mientras más moros, más ganancias.
Y pues como honra y ganancia
no caben en un mismo saco,
acoge la ganancia.
Ven, hijo Pármene.

AREÚSA. ¡No venga,
que me muero de vergüenza!
Que no le conozco.

CELESTINA. Aquí estoy yo que te la quitaré
y hablaré por los dos;
que otro tan vergonzoso es él.

(Entra Pármene)

PÁRMENO. Señora,
Dios salve tu graciosa presencia.

AREÚSA. Gentilhombre,
buena sea tu venida.

CELESTINA. Llégate acá, asno.
¿Adónde te vas allá al rincón?
Oídme lo que digo.
Ya sabes tú, Pármemo amigo,
lo que te prometí,
y tú, hija mía,
lo que te tengo dicho.
Pocas razones son necesarias.
Él ha siempre vivido penado por ti.
Así que no será malo
que se quede acá esta noche.

AREÚSA. Por mi vida, madre,
que tal no se haga.
¡Jesús, no me lo mandes!

PÁRMENO. (Madre mía, por amor de Dios,
que no salga yo de aquí sin buen concierto,
que me ha matado de amores el verla.
Dile que le daré cuanto tengo.
¡Ea, díselo,
que me parece que no me quiere mirar!)

AREÚSA. ¿Qué te dice ese señor a la oreja?
¿Piensa que tengo de hacer nada de lo que pides?

CELESTINA. No dice, hija,
sino que se huelga mucho con tu amistad.
Llégate acá, vergonzoso,
que quiero ver de qué eres capaz
antes que me vaya.
Retózala en esta cama.

AREÚSA. No será él tan descortés
que entre en lo vedado sin licencia.

CELESTINA. ¿En cortesías y licencias estás?

De estos gallitos me mandaban a mí comer los médicos
cuando tenía mejores dientes.

AREÚSA. Ay, señor mío,
ten medida, por cortesía;
que no soy de las que públicamente
están a vender sus cuerpos por dinero.
Así goce de mí,
hasta que Celestina se vaya,
a mi ropa tocas.

CELESTINA. ¿Qué es esto, Areúsa?
Parece, hija,
que no sé yo qué cosa es esto,
que nunca vi estar un hombre con una mujer juntos,
y que jamás pasé por ello
ni gocé de lo que gozas..
Por hacerte a ti honesta
me haces a mí necia.

AREÚSA. Madre, si erré, haya perdón,
y llégate más acá,
y él haga lo que quisiere,
que antes me quebraré un ojo que enojarte.

CELESTINA. Quedaos a Dios,
que voy sólo porque me hacés dentera
con vuestro besar y retozar,
que aún el sabor en las encías me quedó;
no le perdí con las muelas.

AREÚSA. Dios vaya contigo.

PÁRMENO. Madre,
¿mandas que te acompañe?

CELESTINA. Sería quitar a un santo por poner en otro;
acompañeos Dios,
que yo vieja soy;
no he temor que me fuercen en la calle.
(Sale).

6. *[Casa de Celestina]. Celestina, Elicia.*

CELESTINA. Ta, ta, ta. Abre, hija.

ELICIA. ¿Qué larga estada fue ésta, madre?
Has sido hoy buscada
del padre de la que llevaste
al canónigo de la catedral,
que la quiere casar de aquí a tres días
y es menester que la remedies,
para que no sienta su marido la falta de la virginidad.

CELESTINA. No me acuerdo, hija, por quién dices.

ELICIA. ¿Cómo no te acuerdas?
¡Oh cómo caduca la memoria!
Tú me dijiste cuando la llevabas
que la habías renovado siete veces.

CELESTINA. No te maravilles, hija.
Pero dime si tornará.

ELICIA. ¡Mira si tornará!
Tiénete dado una pulsera de oro
¿y no había de venir?

CELESTINA. ¿La de la pulsera es?
Ya sé por quién dices.
¿Por qué tú no tornabas el aparejo
y comenzabas a hacer algo?
Pues en aquellas tales habías de aprender y de probar,
de cuantas veces me lo has visto hacer.
Si no, ahí te estarás toda tu vida,
hecha bestia sin oficio ni renta.
Y cuando seas de mi edad,
llorarás la holgura de agora.
Hacíalo yo mejor
cuando tu abuela me mostraba este oficio,
que a cabo de un año
sabía más que ella.

ELICIA. No me maravillo,
que no va esto sino en la gana con que se aprende;

Yo le tengo a ese oficio odio.

CELESTINA. Tú te lo dirás todo;
pobre vejez quieres;
¿piensas que nunca has de salir de mi lado?

ELICIA. Por Dios, dejemos enojo.
Mientras hoy toviéremos de comer,
no pensemos en mañana.
Tan bien se muere el dotor como el pastor,
y el papa como el sacristán,
y el señor como el siervo.
Y tú con tu oficio
como yo sin ninguno;
no habemos de vivir para siempre.
Gocemos y holguemos,
que la vejez pocos la veen.
No quiero en este mundo sino el día y su gasto
y parte en paraíso.
Que aunque los ricos tienen mejor aparejo
para ganar la gloria
que quien poco tiene,
no hay ninguno contento,
no hay quien diga
harto tengo.
Acostémonos, que es hora.

AUTO III.

1. *[Calle]. Pármeno.*

[Casa de Calisto]. Pármeno, Sempronio, Calisto.

PÁRMENO. ¡Oh placer singular!
¿Cuál hombre es ni ha sido
más bienaventurado que yo?
¡Que un tan excelente don
sea por mí poseído,
y cuan presto pedido
tan presto alcanzado!
¿Con qué pagaré yo esto? ¡Oh alto Dios!,
¿a quién contaría yo este gozo?
Bien me decía la vieja
que el placer no comunicado no es placer.
A Sempronio veo a la puerta de casa.
Mucho ha madrugado.
Problemas tengo con mi amo
si ya ha salido fuera.

SEMPRONIO. Pármeno, hermano,
no sé qué crea de tu tardanza,
sino que te quedaste a escalar la vieja esta noche
o a rascarle los pies
como cuando chiquito.

PÁRMENO. ¡Oh Sempronio,
por Dios, no corrompas mi placer!
¡Recíbeme con alegría,
y te contaré maravillas de mi buena andanza!

SEMPRONIO. Dilo, dilo.
¿Es algo de Melibea? ¿La has visto?

PÁRMENO. ¡Qué de Melibea!
Es de otra que yo más quiero.

SEMPRONIO. ¿Qué es esto, desvariado?
¿Ya todos amamos? ¡El mundo se va a perder!
Calisto a Melibea,
yo a Elicia; tú, de envidia,
has buscado con quien perder

ese poco de seso que tienes.

PÁRMENO. Luego ¿locura es amar,
y yo soy loco y sin seso?

SEMPRONIO. Sí eres,
que yo te he oído dar consejos vanos a Calisto
y contradecir a Celestina en cuanto habla;
y por impedir mi provecho
y el suyo
huelgas de no gozar tu parte.

PÁRMENO. Sempronio,
yo siempre te tuve por hermano.
Muy mal me tratas;
no sé dónde nazca este rencor.

SEMPRONIO. Más maltratas tú a Calisto,
aconsejando a él
lo que para ti huyes,
diciendo que se aparte de amar a Melibea.
No digo más.
Si tú mi amigo fueras,
me habías de favorecer,
y ayudar a Celestina en mi provecho.

PÁRMENO. ¿Quién pudiera verse como yo
con tanta gloria alcanzada
con mi querida Areúsa
y caer de ella, siendo tan maltratado de ti?
Que no me has dado lugar
a poderte decir cuánto soy arrepentido de lo pasado,
y cuántos consejos he recibido de Celestina
en tu favor
y provecho de todos.

SEMPRONIO. Bien me agradan tus palabras.
Pero, ¿qué es eso que dijiste de Areúsa?

PÁRMENO. Pues ¿qué es todo el placer que traigo
sino haberla alcanzado?

SEMPRONIO. De risa no puedo hablar.

¿A qué llamas haberla alcanzado?
¿Estaba a alguna ventana o qué es eso?

PÁRMENO. A ponerla en duda
si queda preñada o no.

SEMPRONIO. Sorprendido me tienes.
Una gotera continua agujera una piedra.

PÁRMENO. Verás qué tan continua.
¡Oh hermano,
qué te contaría de sus gracias de aquella mujer,
de su habla y hermosura de cuerpo!

SEMPRONIO. Todo te lo creo.
Pero ¿qué te cuesta?
¿Les has dado algo?

PÁRMENO. No, cierto,
mas aunque hubiera, era bien empleado;
tanto valen cuanto cuestan.
A comer la convidé para casa de Celestina,
y si te place, vamos todos allá.

SEMPRONIO. ¿Quién, hermano?

PÁRMENO. Tú y ella;
y allá está la vieja y Elicia.
Habremos placer.

SEMPRONIO. ¡Oh Dios, cómo me has alegrado!
Seamos como hermanos,
comamos y holguemos,
que nuestro amo ayunará por todos.

PÁRMENO. ¿Y qué hace el desesperado?

SEMPRONIO. Allí está,
tendido donde le dejaste anoche.
Si allá entro, ronca;
si me salgo, devanea.

PÁRMENO. ¿Qué dices?

¿Y nunca me ha llamado
ni ha tenido memoria de mí?

SEMPRONIO. No se acuerda de sí;
¿acordarse ha de ti?

PÁRMENO. Pues que así es, mientras despierta,
quiero enviar la comida, que la aderecen.

SEMPRONIO. ¿Qué has pensado enviar?

PÁRMENO. De lo que hay en la despensa basta:
pan blanco, vino de Monviedro, un pernil de tocino
y seis pares de pollos
que trajeron los renteros de nuestro amo,
que si los pidiere,
le haré creer que los ha comido;
Tú serás testigo.

SEMPRONIO. Pues que así es, despacha;
vamos a ver qué hace.

CALISTO. En gran peligro me veo;
en mi muerte no hay tardanza,
pues que me pide el deseo
lo que me niega esperanza.

PÁRMENO. (Escucha, escucha, Sempronio:
trovando está nuestro amo.)

SEMPRONIO. (¡Oh hideputa el trovador!
Está devaneando entre sueños.)

CALISTO. Corazón, bien se te emplea
que penes y vivas triste,
pues tan presto te venciste
del amor de Melibea.

PÁRMENO. (¿No digo yo que trova?)

CALISTO. ¿Quién habla? ¡Mozos!

PÁRMENO. Señor.

CALISTO. ¿Es muy noche?
¿Es hora de acostar?

PÁRMENO. Mas ya es, señor,
tarde para levantar.

CALISTO. ¿Qué dices, loco?
¿Toda la noche es pasada?

PÁRMENO. Y aun harta parte del día.

CALISTO. Di, Sempronio,
¿miente este desvariado
que me hace creer que es de día?

SEMPRONIO. Olvida, señor,
un poco a Melibea,
y verás la claridad.

CALISTO. Ahora lo creo, que tañen a misa.
Daca mis ropas.
Iré a la Madalena;
rogaré a Dios guíe a Celestina
o dé fin en breve a mis tristes días.

SEMPRONIO. No lo quieras todo en una hora.
Si tú pides que se concluya en un día
lo que en un año sería hartó,
no es mucha tu vida.

CALISTO. No sé quién te enseñó
tanta filosofía, Sempronio.

SEMPRONIO. Señor, quisieras tú
que te trajeran a la primera habla
envuelta en su cordón a Melibea,
como si hubieras enviado
por otra cualquiera mercadería a la plaza,
en que no hubiera más trabajo de llegar
y pagarla.

CALISTO. ¡Oh loco, loco!

No quiero consejo ni razones,
que más avivas las llamas que me consumen.
Yo me voy solo a misa,
y no tornaré a casa hasta que me llaméis,
con la buena venida de Celestina.
Ni comeré hasta entonces.

SEMPRONIO. Deja, señor,
y toma una tajada de acitrón
con que te sostengas.

CALISTO. Sempronio, mi fiel criado,
sea como a ti te parece,
porque cierto tengo
que quieres tanto mi vida como la tuya.

PÁRMENO. Hela aquí, señor.

CALISTO. Daca.

SEMPRONIO. (¡Verás qué engullir hace el diablo!;
entero lo quiere tragar.)

CALISTO. El alma me ha tornado.
Quedaos con Dios, hijos.

PÁRMENO. (¡Allá irás con el diablo tú y malos años!)

2. *[Calle]. Sempronio, Pármeno.*

[Casa de Celestina]. Celestina, Elicia, Areúsa, Sempronio, Pármeno, Lucrecia.

SEMPRONIO. Anda Pármeno,
que es hora que vamos a comer.

PÁRMENO. Vamos presto.
No por esa calle, sino por esta otra,
por que nos entremos por la iglesia,
y veremos si hubiere acabado Celestina sus devociones.
Llevarla hemos de camino.

SEMPRONIO. ¡A donosa hora ha de estar rezando!
Mal conoces a Celestina.
Cuando hay que roer en casa,
Sanos están los santos;
Lo que en sus cuentas reza
es los virgos que tiene a cargo
y qué dispenseros le dan ración
y cuál mejor.

PÁRMENO. Más que eso sé yo;
pero porque te enojaste este otro día,
cuando lo dije a Calisto,
no quiero hablar.

SEMPRONIO. Aunque lo sepamos
para nuestro provecho,
no lo publiquemos para nuestro daño.
Si lo sabe nuestro amo,
no querrá saber más de ella.
Verá a otra de cuyo trabajo
no esperemos reparto como de ésta,
que de grado o por fuerza,
nos dará de lo que le diere.

PÁRMENO. Calla, que está abierta la puerta.
Llama antes que entres,
que por ventura están sin arreglar
y no querrán ser así vistas.

SEMPRONIO. Entra,

que todos somos de casa.
Ya ponen la mesa.

CELESTINA. ¡Oh mis enamorados,
mis perlas de oro!

PÁRMENO. (¡Qué palabras tiene la noble!
Bien ves, hermano, estos halagos fingidos.)

SEMPRONIO. (Déjala, que de eso vive).

PÁRMENO. (Ingenios de la necesidad y la hambre).

CELESTINA. ¡Muchachas, muchachas!
¡Bobas!,
andad acá presto,
que están aquí dos hombres
que me quieren forzar!

ELICIA. ¡Mas nunca acá vinieran!
¡Que ha tres horas que está aquí mi prima!
Este perezoso de Sempronio
no tiene ojos para verme.

SEMPRONIO. Calla,
mi señora, mi vida, mis amores,
que quien a otro sirve no es libre.
No hayamos enojo; asentémonos a comer.

ELICIA. ¡Así; para asentar a comer,
muy diligente!
¡A mesa puesta, con tus manos lavadas
y poca vergüenza!

SEMPRONIO. Después reñiremos;
comamos ahora.
Asiéntate, madre Celestina,
tú primero.

CELESTINA. Asentaos vosotros, mis hijos,
cada uno junto a la suya.
Yo que estoy sola
pondré junto a mí este jarro.

Después que me fui haciendo vieja
no sé mejor oficio a la mesa
que escanciar.
Pues de noche en invierno
no hay tal calentador de cama,
que con dos jarrillos destos
no siento frío en toda la noche.
Esto quita la tristeza del corazón
conforta los celebros,
quita el hedor del aliento;
esto da esfuerzo al mozo
al viejo fuerza,
y hace sufrir los afanes de las labranzas;
No tiene sino una tacha:
que lo bueno vale caro
y lo malo hace daño.
Así que con lo que sana el hígado
enferma la bolsa.

SEMPRONIO. Tía señora, a todos nos sabe bien,
pero vayamos comiendo y hablando,
porque después
no habrá tiempo para entender en los amores
deste perdido de nuestro amo
y de aquella graciosa y gentil Melibea.

ELICIA. ¡Apártateme allá,
desabrido, enojoso!
¡Mal provecho te haga lo que comes,
tal comida me has dado!
¡Por mi alma,
vomitar quiero cuanto tengo en el cuerpo
de asco de oírte
llamar a aquélla «gentil»!
¿Gentil, gentil es Melibea?
Aquella hermosura
por una moneda se compra de la tienda;
que si algo tiene de hermosura
es por los buenos atavíos que trae:
ponedlos a un palo,
¡también dirés que es «gentil»!
Por mi vida,
que no lo digo por alabarme,

mas creo que soy tan hermosa
como vuestra Melibea.

AREÚSA. ¡Pues no la has tú visto como yo,
hermana mía!,
¡Dios me lo demande,
si en ayunas la topases,
si aquel día pudieses comer de asco!
Por una vez que haya de salir
donde pueda ser vista,
se embadurna la cara con hiel y miel,
con uvas tostadas e higos pasados,
y con otras cosas
que por reverencia de la mesa
dejo de decir.
Que, así goce de mí,
unas tetas tiene para ser doncella
como si tres veces hubiese parido:
no parecen sino dos grandes calabazas.
El vientre no se le he visto,
pero juzgando por lo otro,
creo que le tiene tan flojo
como vieja de cincuenta años.
No sé qué ha visto Calisto
por que deja de amar otras
que más ligeramente podría haber
y con quien él más se holgase.

SEMPRONIO. Hermana,
paréceme aquí que cada cual alaba lo suyo,
que el contrario de eso
se suena por la ciudad.

AREÚSA. Ninguna cosa es más lejos de la verdad
que la vulgar opinión.

SEMPRONIO. Señora, el vulgo parlero
no perdona las tachas de sus señores,
y así yo creo que,
si alguna tuviese Melibea,
ya sería descubierta de los que con ella tratan.
Calisto es caballero,
Melibea hijadalgo;

así que los nacidos por linaje,
búscanse unos a otros.
Por ende no es de maravillar
que ame antes a ésta
que a otra.

AREÚSA. Ruin sea quien por ruin se tiene;
las obras hacen linaje,
que al fin
todos somos hijos de Adam y Eva.

CELESTINA. Hijos, por mi vida,
que cesen esas razones de enojo.
Y tú, Elicia, que te tornes a la mesa.

ELICIA. ¿Para que me sienta mal la comida?
¿Había yo de comer con ese malvado,
que en mi cara me ha porfiado
que es más gentil
su andrajo de Melibea que yo?

SEMPRONIO. Calla, mi vida,
que tú la comparaste.
Toda comparación es odiosa.
Tú tienes la culpa, y no yo.

AREÚSA. Ven, hermana, a comer;
no hagas ahora ese placer
a estos locos porfiados.

ELICIA. Necesidad de complacerte
me hace contentar a ese enemigo mío.

SEMPRONIO. ¡Je, je, je!

ELICIA. ¿De qué te ríes?
¡Mal tumor te mate, enojoso!

CELESTINA. No le respondas, hijo;
sí no, nunca acabaremos.
Decime, ¿cómo quedó Calisto?

PÁRMENO. Allá fue medio loco,

a misa a la Madalena
protestando de no volver a casa
hasta oír que eres venida con Melibea en tus faldas.
Tu saya y manto, y aun mi sayo, cierto está.
El cuándo lo dará, no lo sé.

CELESTINA. Sea cuando fuere.
Todo aquello alegre
que con poco trabajo se gana.
No les duele a hombres tan ricos lo que gastan
con el embebecimiento del amor.
No les pena, no ven, no oyen.
Igual mando tiene el amor en todo género de hombres.

SEMPRONIO. Señora,
en todo concedo con tu razón,
que aquí está quien me causó algún tiempo
andar hecho otro Calisto:
perdido el sentido, cansado el cuerpo,
la cabeza vana,
las noches velando, dando alboradas,
saltando paredes...
haciendo coplas...
Pero todo lo doy por bien empleado,
pues tal joya gané.

ELICIA. ¡Mucho piensas que me tienes ganada!
Pues te hago cierto
que no has vuelto la cabeza
cuando está en casa otro
más gracioso que tú.

CELESTINA. Hijo, déjala decir, que devanea.
Todo es porque habés aquí
alabado a Melibea;
y creo
que no ve la hora para lo que yo me sé.
Gozad
vuestras frescas mocedades,
que quien tiempo tiene y tiempo atiende,
tiempo viene que se arrepiente,
como yo hago ahora.
Besaos y abrazaos,

que a mí no me queda otra cosa
sino gozarme de vello.
Mientras a la mesa estáis,
de la cinta arriba todo se perdona;
cuando seáis aparte,
no quiero poner tasa, pues que el rey no la pone.
Y la vieja Celestina
mascará con sus encías las migajas de los manteles.

¡Cómo lo reís y holgáis,
putillos, loquillos, traviosos!
¡Mirá no derribés la mesa!

(Ta, ta, ta. Lucrecia llama a la puerta)

ELICIA. Madre, a la puerta llaman.
¡Se acabó el deleite!

CELESTINA. Mira, hija, quién es;
por ventura será quien lo acreciente.

ELICIA. O la voz me engaña
o es mi prima Lucrecia.

CELESTINA. Ábrele,
y entre ella,
y que sea para bien,
que aun ella algo entiende de esto,
aunque su mucho encerramiento
le impide el gozo de su mocedad. *(Entra Lucrecia)*

AREÚSA. Así goce de mí,
que es verdad que estas que sirven a señoras
ni gozan deleite
ni conocen los dulces premios de amor.
Nunca tratan con parientas,
con iguales
a quien puedan hablar tú por tú,
con quien digan: «Muéstrame tu enamorado»,
«¿Estás preñada?»,
«¿Cómo te va con él?»,
«¿Cuántas gallinas crías?»,
y otras cosas de igualdad semejantes.

¡Oh tía, y qué duro nombre
y qué grave y soberbio es
«Señora» contino en la boca!
Gástase con ellas lo mejor del tiempo,
y con una saya rota
de las que ellas desechan
pagan servicio de diez años.
Las traen siempre maltratadas,
y cuando ven la obligación de casallas,
les levantan un caramillo:
que se echan con el hijo,
o piden celos del marido,
o que hurtó la taza o perdió el anillo.
Y les dan cien azotes
y las echan puerta fuera,
las faldas en la cabeza, diciendo:
«¡Allá irás, ladrona, puta;
no destruirás mi casa y honra!».
Así que esperan salir casadas,
y salen amenguadas.
Nunca oyen su nombre propio
de la boca dellas,
sino «Putas» acá, «Putas» acullá.
«¿Qué hiciste, bellaca?»,
«¿Por qué comiste esto, golosa?»,
«¿Quién perdió el plato, ladrona?»,
«Ven acá, mala mujer,
¿la gallina pintada no aparece?,
pues ¡búscala presto!
o de tu sueldo la descontaré».
Y tras esto, chapinazos y pellizcos,
palos y azotes.
Por esto, madre,
he querido más vivir en mi pequeña casa,
libre y señora,
que no en sus ricos palacios,
sojuzgada y prisionera.

LUCRECIA. Buen provecho os haga, tía.
Dios bendiga tanta gente y tan honrada.

CELESTINA. ¿Tanta, hija?
Bien parece que no me conociste en mi prosperidad.

Yo vi, mi amor, a esta mesa
nueve mozas de tus días,
que la mayor no pasaba de deciocho años
y ninguna había menor de catorce.
No puedo decir sin lágrimas
la mucha honra que entonces tenía,
aunque por mis pecados y mala dicha,
poco a poco ha venido en disminución.
Todo tiene sus límites.
En esto veo que me queda poca vida.

LUCRECIA. Trabajo tenías, madre,
con tantas mozas,
que es ganado muy penoso de guardar.

CELESTINA. ¿Trabajo, mi amor?
Antes descanso y alivio.
Todas me obedecían;
no escogían más de lo que yo les mandaba:
cojo o tuerto o manco,
aquel habían por sano que más dinero me daba.
Caballeros viejos y mozos,
abades de todas dignidades,
desde obispos hasta sacristanes.
Mío era el provecho, suyo el afán.
En entrando por la iglesia,
allí se concertaban sus venidas a mi casa,
allí las idas a la suya,
allí se me ofrecían dineros,
allí promesas.

SEMPRONIO. Espantados nos tienes
con tales cosas de esa religiosa gente.
¡Sí que no serían todos!

CELESTINA. No, hijo,
ni Dios lo mande que yo tal cosa levante.
Como la clerecía era grande,
había de todos:
unos muy castos;
otros que tenían cargo
de mantener a las de mi oficio.
Y apenas era llegada a mi casa,

cuando entraban por mi puerta
muchos pollos y gallinas,
perdices y tórtolas,
perniles de tocino, tortas de trigo, lechones.
para que comiese yo
y aquellas sus devotas.
Pues ¿vino? ¡no me sobraba!
De lo mejor que se bebía en la ciudad,
venido de diversas partes:
de Monviedro, de Luque, de Toro.
Que hartos es que una vieja como yo
en oliendo cualquiera vino
diga de dónde es.
No sé cómo puedo vivir,
cayendo de tal estado.

AREÚSA. Por Dios,
pues somos venidas a haber placer,
no llores, madre, ni te fatigues,
que Dios remediará todo.

CELESTINA. Harto tengo, hija, que llorar,
acordándome de tan alegre tiempo.

SEMPRONIO. Madre,
ningún provecho trae
la memoria del buen tiempo
si cobrar no se puede.
Como a ti ahora,
que nos has sacado el placer de entre las manos.
Álcese la mesa;
irnos hemos a holgar,
y tú darás respuesta a esta doncella
que aquí es venida.

CELESTINA. Hija Lucrecia,
a qué fue ahora tu buena venida.

LUCRECIA. Por cierto
ya se me había olvidado mi mensaje
pensando en aquella vida buena
que aquellas mozas gozarían.
Mi venida, señora, es lo que tú sabrás:

pedirte el ceñidero.
Y demás desto,
te ruega mi señora sea de ti visitada,
y muy presto,
porque se siente muy fatigada de desmayos
y de dolor del corazón.

CELESTINA. Hija,
destos dolorcillos tales
más es el ruido que las nueces.

LUCRECIA. (¡Así te arrastren, traidora!
Hace la vieja falsa sus hechizos y se va;
después hácese de nuevas.)

CELESTINA. ¿Qué dices, hija?

LUCRECIA. Madre, que vamos presto y me des el cordón.

CELESTINA. Vamos, que yo le llevo.

3. *[Casa de Pleberio]. Melibea, Celestina, Lucrecia, Alisa.*

MELIBEA.

¡Oh lastimada de mí!
¿Y no hubiera sido mejor
conceder su petición ayer a Celestina,
y contentarle a él y sanarme a mí?
¡Cuánta más ventaja tendría yo
de prometerme ante sus ruegos,
que de verme forzada a ofrecimientos!
¡Oh mi fiel criada Lucrecia!
¿Qué dirás de mí?
¡Oh soberano Dios!
A ti, humildemente suplico
no se desdore aquella hoja de castidad
que tengo asentada sobre este amoroso deseo.
Pero ¿cómo lo podré hacer,
lastimándome tan cruelmente
esa mordedura envenenada
que la vista de aquel caballero me dio?
¡Oh género femenino, encogido y frágil!
¿Por qué no fue también
a las hembras concedido
poder descubrir su ardiente amor,
como a los varones?

LUCRECIA. Tía, detente un poquito;
entraré a ver con quién está hablando mi señora.
Entra, entra.

MELIBEA. ¡Oh vieja sabia y honrada,
tú seas bienvenida!
¿Qué te parece
cómo la fortuna ha rodeado
para que ahora yo
tuviese de tu saber necesidad?

CELESTINA. ¿Qué es, señora, tu mal,
que así muestra su tormento
en las colores de tu gesto?

MELIBEA. Madre mía,
que me comen este corazón

serpientes dentro de mi cuerpo.

CELESTINA. (Bien está, así lo quería yo.
Tú me pagarás, doña loca,
la sobra de tu ira.)

MELIBEA. ¿Has sentido en verme
alguna causa donde mi mal proceda?

CELESTINA. Señora, el sabidor sólo Dios es.
Pero como para remedio de las enfermedades
fueron repartidas las gracias
de hallar las medicinas,
por arte o por natural instinto,
alguna partecica alcanzó a ésta pobre vieja,
de la cual podrás ser servida.

MELIBEA. ¡Oh qué agradable me es oírte!
Paréceme
que veo mi corazón entre tus manos
hecho pedazos;
el cual, si tú quisieses,
juntarías con la virtud de tu lengua.
Pues, por amor, me des algún remedio.

CELESTINA. Gran parte de la salud es desearla.
Pero para yo dar, mediante Dios,
adecuada medicina
es necesario saber de ti tres cosas.
La primera,
a qué parte de tu cuerpo más aqueja el sentimiento.
Otra,
si es de primeras por ti sentido.
La tercera,
si procedió de algún cruel pensamiento
que asentó en aquel lugar.
Y esto sabido, verás obrar mi cura.
Por ende,
cumple que al médico como al confesor
se hable toda verdad abiertamente.

MELIBEA. Amiga Celestina,
mi mal es de corazón,

la izquierda teta es su aposentamiento;
tiende sus rayos a todas partes.
Lo segundo,
es de primeras nacido en mi cuerpo,
que no pensé jamás
que podía dolor privar la razón como éste hace;
túrbame la cara,
quítame el comer.
La causa o pensamiento, ésta no sabré decirte,
salvo la alteración que tú me causaste
con la demanda de aquel caballero Calisto.

CELESTINA. ¿Cómo, señora?
¿Tan mal hombre es aquél
que en sólo ser nombrado
trae consigo ponzoña su sonido?
No creas que sea ésa la causa de tu sentimiento,
antes otra que yo barrunto.

MELIBEA. Di, di,
tal que mi honra
no dañes con tus palabras.

CELESTINA. Véote, señora,
por una parte quejar el dolor,
por otra temer la medicina.

MELIBEA. Cuanto más dilatas la cura,
tanto más me multiplicas la pena.
O tus medicinas son de polvos de infamia
y licor de corrupción,
o no es ninguno tu saber.

CELESTINA. Señora,
pues si tú quieres ser sana,
haz para tus manos ligadura de sosiego,
para tus oídos unos algodones de paciencia,
para tu lengua un freno de silencio,
y verás obrar a la antigua maestra destas llagas.

MELIBEA. ¡Oh cómo me muero con tu dilatar!
Di, por Dios, lo que quisieres,
que no podrá ser tu remedio tan áspero

que iguale con mi tormento;
aunque sea romper mis carnes
para sacar mi dolorido corazón,
¡ahora toque en mi honra,
o dañe mi fama!

LUCRECIA. (El seso tiene perdido mi señora.)

CELESTINA. (Escapome Dios de Pármene;
tópome con Lucrecia.)

MELIBEA. ¿Qué te hablaba esa moza?

CELESTINA. No le oí nada,
pero diga lo que dijere,
es muy necesario para tu salud
que no esté persona delante;
y así, que la debes mandar salir.
Y tú, hija Lucrecia, perdona.

MELIBEA. ¡Salte fuera presto!

LUCRECIA. Ya me salgo, señora. *(Sale)*.

CELESTINA. Tanto me da osadía tu gran pena,
como veo necesario
traer más clara medicina
de casa de aquel caballero
Calisto.

MELIBEA. Calla, por Dios, madre,
no traigan de su casa cosa para mi provecho,
ni le nombres aquí.

CELESTINA. Sufre, señora, con paciencia,
que es el primer punto y principal.
Tu llaga es grande,
tiene necesidad de áspera cura;
y lo duro con duro se ablanda.
No consientas
a tu lengua decir mal
de caballero como
Calisto...

MELIBEA. ¡Oh por Dios, que me matas!
¿Y no te tengo dicho que no me le nombres
en bueno ni en malo?

CELESTINA. Señora, este es otro y segundo punto
y si como prometiste, lo sufres,
tú quedarás sana
y Calisto sin queja y pagado.

MELIBEA. ¿De qué ha de quedar pagado?
¿Qué le debo yo a él?
¿Qué ha hecho por mí?
¿Qué necesario es él aquí
para el propósito de mi mal?
Más agradable me sería
que rasgases mis carnes
y sacases mi corazón,
que no traer esas palabras aquí.

CELESTINA. Sin te romper las vestiduras
se lanzó en tu pecho el amor;
no rasgaré yo tus carnes para le curar.

MELIBEA. ¿Cómo dices que llaman a este mi dolor,
que así se ha enseñoreado
en lo mejor de mi cuerpo?

CELESTINA. Amor dulce.

MELIBEA. Eso me explica qué es,
que en sólo oírlo me alegro.

CELESTINA. Es un fuego escondido,
una agradable llaga,
un sabroso veneno, un alegre tormento,
una blanda muerte.

MELIBEA. ¡Ay!, que si verdad es tu relación,
dudosa será mi salud,
por la contrariedad que esos nombres muestran.

CELESTINA. No desconfíes, señora,

que cuando el alto Dios da la llaga,
tras ella envía el remedio.
Sé yo en el mundo nacida una flor
que de todo esto te libere.

MELIBEA. ¿Cómo se llama?

CELESTINA. No te lo oso decir.

MELIBEA. Di, no temas.

CELESTINA. Calisto. *(Melibea se desmaya)*
¡Oh por Dios, señora Melibea!,
Si mueres, matarme han.
Señora mía Melibea, ángel mío,
¡Abre tus claros ojos!
¡Lucrecia! ¡Lucrecia!
¡Anda presto por un jarro de agua!

MELIBEA. Silencio, silencio,
que yo me esforzaré;
no escandalices la casa.

CELESTINA. No te descaezcas, señora;
háblame como sueles.

MELIBEA. Calla, no me fatigues.

CELESTINA. Pues ¿qué me mandas que haga,
perla preciosa?
¿Qué ha sido este tu sentimiento?

MELIBEA. Quebrose mi honestidad,
aflojó mi mucha vergüenza
llevándose mi fuerza,
mi lengua,
y gran parte de mi sentido.
Lo que tú tan abiertamente conoces
en vano trabajo por te lo encubrir.
Muchos días son pasados
que ese noble caballero
me habló en amor;
En mi cordón le llevaste envuelta

la posesión de mi libertad.
Mucho te debe ese señor,
y más yo,
que jamás pudieron mis reproches
aflacar tu esfuerzo.
Has sacado de mi pecho
lo que jamás a ti
ni a otro
pensé descubrir.

CELESTINA. Amiga y señora mía,
visto el gran poder de tu padre, temía;
mirando la gentileza de Calisto, osaba;
mirando tu humanidad, me esforzaba.
Y si así, señora,
has querido descubrir la gran merced
que nos has hecho,
echa tus secretos en mi regazo.
Yo daré forma como tu deseo
y el de Calisto
sean en breve cumplidos.

MELIBEA. ¡Oh mi Calisto y mi señor,
mi dulce y suave alegría!
¡Oh mi madre y mi señora,
haz de manera como luego le pueda ver!

CELESTINA. Ver y hablar.

MELIBEA. ¿Hablar? Es imposible.

CELESTINA. Ninguna cosa
a los hombres que quieren hacerla
es imposible.

MELIBEA. Dime cómo.

CELESTINA. Yo te lo diré:
por entre las puertas de tu casa.

MELIBEA. ¿Cuándo?

CELESTINA. Esta noche.

MELIBEA. Di a qué hora.

CELESTINA. A las doce.

MELIBEA. Pues ve, mi leal amiga,
y habla con aquel señor.
Y que venga muy paso,
a la hora que has ordenado.

CELESTINA. A Dios,
que viene hacia acá tu madre.

MELIBEA. Amiga Lucrecia, mi leal criada,
ya has visto cómo no ha sido más en mi mano;
cautivome el amor de aquel caballero.
Ruégote por Dios se cubra con secreto.
Tú serás de mí tenida en aquel grado
que merece tu fiel servicio.

LUCRECIA. Señora,
mucho antes de ahora
tengo sentida tu llaga
y calado tu deseo.
Cuanto tú más me querías encubrir
el fuego que te quemaba,
tanto más sus llamas se manifestaban
en la color de tu cara.
Pero como cumple a los servidores,
callaba con temor
y encubría con fidelidad.
Ya no tiene tu merced
una opción intermedia,
sino morir o amar.

ALISA. ¿En qué andas acá, vecina, cada día?

CELESTINA. Señora,
faltó ayer un poco de hilado al peso
y vénelo a cumplir, porque di mi palabra;
y traído, voyme;
quede Dios contigo.

ALISA. Y contigo vaya.
Hija Melibea, ¿qué quería la vieja?

MELIBEA. Venderme un poquito de solimán.

ALISA. Eso creo yo más
que lo que la vieja ruin dijo.
Guárdate, hija, della,
que es gran traidora.
Sabe ésta con sus falsas mercaderías
mudar los propósitos castos;
que a tres veces que entre en una casa,
daña la fama.

LUCRECIA. (Tarde acuerda nuestra ama.)

ALISA. Por amor mío, hija,
que si acá tornare sin verla yo,
que no hayas por bien su venida
ni la recibas con placer;
halle en ti honestidad a tu respuesta,
y jamás volverá;
que la verdadera virtud
más se teme que espada.

MELIBEA. ¿De éstas es?
¡Nunca más!
Bien huelgo, señora, de ser avisada,
por saber de quién me tengo de guardar.

4. *[Calle]. Celestina.*

[Iglesia / Calle]. Calisto, Sempronio, Pármene, Celestina.

CELESTINA. ¡Ay Dios,
si llegase a mi casa
con mi mucha alegría a cuestras!
A Pármene y a Sempronio veo ir a la Madalena.
Tras ellos me voy,
y si ahí no estuviere Calisto,
pasaremos a su casa a pedirle albricias.

SEMPRONIO. *[Iglesia]*
Señor,
mira que tu estada
es dar a todo el mundo que decir.
¿Qué dirán sino que andas royendo los santos?
No descubras tu pena a los extraños,
pues está en manos el pandero
que le sabrá bien tañer.

CALISTO. ¿En qué manos?

SEMPRONIO. De Celestina.

CELESTINA. ¿Qué nombráis a Celestina?
¿Qué decís desta esclava de Calisto?
Toda la calle vengo
tras vosotros por alcanzaros,
y jamás he podido
con mis luengas faldas.

CALISTO. ¡Oh joya del mundo,
socorro de mis pasiones!
Dime, ¿qué nuevas traes?,
que no sé en qué está mi vida.

CELESTINA. En mi lengua.

CALISTO. ¿Qué dices,
gloria y descanso mío?

CELESTINA. Salgamos, señor,

de la iglesia,
y de aquí a la casa
te contaré algo con que te alegres de verdad.

PÁRMENO. (Buena viene la vieja, hermano;
recaudado debe de haber.)

SEMPRONIO. (Escucha)

CELESTINA. Todo este día, señor,
he trabajado en tu negocio,
y he dejado perder otros
en que hartó me iba.
Pero buen recaudo traigo.
Y óyeme,
que en pocas palabras te lo diré.
A Melibea dejo a tu servicio.

CALISTO. ¿Qué es esto que oigo?

CELESTINA. Que es más tuya
que de sí misma;
más está a tu mandado
que de su padre Pleberio.

CALISTO. Habla cortés, madre,
no digas tal cosa,
que dirán estos mozos que estás loca.
Melibea es mi señora,
Melibea es mi dios,
Melibea es mi vida:
yo su cautivo, yo su siervo.

SEMPRONIO. Señor,
¿De qué te santiguas?
Dale algo por su trabajo;
harás mejor,
que eso esperan esas palabras.

CALISTO. Bien has dicho.
Madre mía, en lugar de manto y saya,
toma esta cadenilla;
y procede en tu razón y mi alegría.

PÁRMENO. (¡Cadenilla la llama!
¿No lo oyes, Sempronio?)

SEMPRONIO. (Oírte ha nuestro amo,
tu mucho murmurar.
Por mi amor, hermano,
que oigas y calles.)

PÁRMENO. (¡Oirá el diablo!
Está colgado de la boca de la vieja,
hecho personaje sin són,
que aunque le diésemos higas,
diría que alzábamos las manos a Dios.)

SEMPRONIO. (Calla, oye,
escucha bien a Celestina).

CELESTINA. Señor Calisto,
en pago de la cual
te restituyo tu salud, que iba perdida;
tu corazón, que faltaba;
tu seso, que se alteraba.
Melibea pena por ti más que tú por ella;
Melibea te ama y desea ver;
Melibea se llama tuya.

CALISTO. Mozos, mirad si estoy despierto.
¡Oh Señor Dios, Padre celestial,
ruégote que esto no sea sueño!
¡Despierto, pues, estoy!
¿Burlas, señora, de mí?
Di verdad.

CELESTINA. Si burlo o si no,
verlo has yendo esta noche, a su casa,
en dando el reloj doce,
a la hablar por entre las puertas;
de cuya boca sabrás más por entero
el amor que te tiene.

CALISTO. Muerto soy de aquí allá.
No soy capaz de tanta gloria.

CELESTINA. ¿Cómo, señor Calisto,
ahora que te certifico el fin de tu penar,
quieres poner fin a tu vida?
Mira, mira, que está Celestina de tu parte.
Mal conoces a quien das tu dinero.

CALISTO. Cata, señora, qué me dices.
¿Que vendrá de su grado?

CELESTINA. Y aun de rodillas.

SEMPRONIO. No sea que quiera
tendernos una emboscada.
Cata, madre,
que así se suelen dar los anzuelos
en pan envueltos.

PÁRMENO. Nunca te oí decir mejor cosa.
Mucha sospecha me pone
el presto conceder de aquella señora:
el canto de la sirena
engaña los marineros con su dulzor.
Así ésta en su concesión
purgará su inocencia con la honra de Calisto
y con nuestra muerte.
Y tú estarte has rascando en casa,
diciendo: «A salvo está el que repica».

CALISTO. ¡Callad, locos,
bellacos!
Parece que dais a entender
que los ángeles sepan hacer mal.

SEMPRONIO. (Escúchale, Pármeno,
no te pene nada,
que si fuere trato doble,
él lo pagará).

CELESTINA. Señor, tú estás en lo cierto;
vosotros, cargados de sospechas vanas;
yo he hecho todo lo que a mí era a cargo.
Dios te libre y te guíe.

PÁRMENO. (¡Ji, ji, ji!)

SEMPRONIO. (¿De qué te ríes, por tu vida?)

PÁRMENO. (De la prisa que la vieja tiene por irse.
No puede creer
que la cadena tenga en su poder).

SEMPRONIO. (¿Qué quieres que haga una puta alcahueta
después de verse cargada de oro?)

CALISTO. Dios vaya contigo, madre.
Yo quiero dormir y reposar un rato
para satisfacer a las pasadas noches
y cumplir con la por venir.

AUTO IV

1. *[Calle]. Calisto, Sempronio, Pármene.*
[Casa de Pleberio]. Melibea, Lucrecia.

CALISTO. Las doce da ya; buena hora es.
Párate tú, Pármene, a ver si es venida
aquella señora por entre las puertas.

PÁRMENO. ¿Yo, señor?
Mejor será que tu presencia
sea su primer encuentro.

CALISTO. ¡Oh qué bien has dicho!
Yo me llego allá;
quedaos vosotros en ese lugar.

PÁRMENO. Sempronio,
nuestro amo pensaba
tomarme por anzuelo
para el encuentro del primer peligro.
¿Qué sé yo quién está
tras las puertas cerradas?
Quiero hacer cuenta que hoy me nací,
pues de tal peligro me escapé.

SEMPRONIO. Paso, paso, Pármene,
que darás causa a que seas sentido.

PÁRMENO. Calla.
Soy cierto que esta doncella
ha de ser para él carne de buitrera,
que suelen pagar bien el escote
los que a comerla vienen.

SEMPRONIO. Anda, apercíbete,
No nos hayan tomado la calle
por donde tengamos que huir.

PÁRMENO. En un corazón estamos;
calzas traigo, para mejor huir que otro.

SEMPRONIO. Escucha, que hablan quedito.

PÁRMENO. ¡Temo que no sea ella,
sino alguno que finja su voz!

CALISTO. ¡Ce, señora mía! ¡Ce, señora mía!

LUCRECIA. ¿Quién habla?
¿Quién está fuera?

CALISTO. Aquel que viene a cumplir tu mandado.

LUCRECIA. (¿Por qué no llegas, señora?
Llega sin temor acá,
que aquel caballero está aquí.)

MELIBEA. (Loca, habla bajo.
Mira bien si es él.)

LUCRECIA. (Allégate, señora,
que sí es,
que yo le conozco en la voz.)

MELIBEA. Ce, señor,
¿cómo es tu nombre?
¿Quién te mandó venir?

CALISTO. La que tiene merecimiento
de mandar a todo el mundo,
la que dignamente servir yo no merezco.
El dulce sonido de tu habla,
que jamás de mis oídos se cae,
me certifica ser tú mi señora Melibea.
Yo soy tu siervo Calisto.

MELIBEA. La sobrada osadía de tus mensajes
me ha forzado a hablarte,
señor Calisto;
que sabiendo mi pasada respuesta
a tus razones,
no sé que piensas más sacar de mi amor
de lo que entonces te mostré.
Desvía estos vanos y locos pensamientos.

No quieras poner mi fama
en la balanza de las lenguas maldicientes.

CALISTO. ¡Oh malaventurado Calisto!
¡Oh engañosa mujer Celestina, enemiga!
¿Y tú no me dijiste
que esta mi señora me era favorable?
¿No me dijiste
que de su grado me mandaba venir
al presente lugar,
para alzar ya el destierro?
¿En quién hallaré yo fe?
¿Quién osó darme tan cruda esperanza?

MELIBEA. Cesen, señor mío, tus quejas,
que ni mi corazón basta para sufrirlas,
ni mis ojos para disimularlo.
Tú lloras de tristeza, juzgándome cruel,
Yo lloro de placer, viéndote tan fiel.
¡Oh mi señor y mi bien todo,
cuánta más alegría
me daría poder ver tu faz
que oír tu voz!
Pero pues no se puede al presente hacer más,
toma la firma que te envié escrita
en la lengua de aquella solícita mensajera.
Limpia, señor, tus ojos;
ordena de mí a tu voluntad.

CALISTO. ¡Oh señora mía,
alegría de mi corazón!
¿Qué lengua será bastante
para darte iguales gracias
a la merced que me haces?
En querer que un tan flaco hombre
pueda gozar de tu suavísimo amor?

MELIBEA. Señor Calisto,
tu mucho merecer,
tus extremadas gracias,
tu alto nacimiento han obrado que,
después que de ti tuve entera noticia,
ningún momento te partieses de mi corazón.

Y aunque muchos días
he pugnado por disimularlo,
no he podido tanto que,
en tornándome aquella mujer
tu dulce nombre a la memoria,
no descubriese mi deseo,
y viniese a este lugar, donde te suplico
ordenes y dispongas de mi persona según querrás.
Las puertas impiden nuestro gozo,
las cuales yo maldigo,
que ni tú estarías quejoso
ni yo descontenta.

CALISTO. ¿Cómo, señora mía?
Nunca yo pensé que,
además de tu voluntad,
pudiera ninguna cosa estorbarme.
¡Oh molestas y enojosas puertas!,
señora mía,
permite que llame a mis criados
para que las quiebren.

PÁRMENO. ¿No oyes, no oyes, Sempronio?
Quiere venir a buscarnos para que nos den mal año;
no me agrada esta venida.
Yo no espero más aquí.

MELIBEA. ¿Quieres, amor mío, perderme a mí
y dañar mi fama?
No sueltes las riendas a la voluntad.

SEMPRONIO. Calla, calla.
Escucha,
que ella no consiente que vayamos allá.

MELIBEA. Que si ahora quebrases las crueles puertas,
aunque al presente no fuésemos oídos,
amanecería en casa de mi padre
terrible sospecha de mi yerro.

CALISTO. ¡Mi señora y mi bien todo!
¿Por qué llamas yerro
a aquello que por los santos de Dios

me fue concedido?
Rezando hoy ante el altar de la Madalena
me vino, con tu mensaje alegre,
aquella solícita mujer.

PÁRMENO. Lo que la vieja traidora
con sus pestíferos hechizos ha hecho,
dice que los santos de Dios
se lo han concedido;
Por fe tengo, hermano, que no es cristiano.

SEMPRONIO. ¡En hora mala acá esta noche venimos!
Aquí nos ha de amanecer,
según lo despacio que nuestro amo lo toma.

MELIBEA. ¡Oh, señor mío,
si te contenta,
entra por las altas paredes de mi huerto.

(Calisto escala).

¡Oh mi señor, no saltes de tan alto,
que me moriré en verlo!
Baja, baja poco a poco.
¡No vengas con tanta presura!

PÁRMENO. ¡Ce, ce, señor, señor;
quítate presto de ahí,
que viene mucha gente con antorchas
y serás visto!

SEMPRONIO. No temas, Pármeno,
en sintiendo bullicio,
el buen huir nos ha de valer.
Déjale hacer,
si mal hiciere, él lo pagará.

PÁRMENO. Bien hablas.
Así se haga.
Huyamos de la muerte, que somos mozos.
Estos escuderos de Pleberio son locos.

2. *[Huerto]. Calisto, Melibea, Lucrecia*
[Calle]. Pármeneo y Sempronio.

CALISTO. ¡Oh, preciosa perla!
¡En mis brazos te tengo y no lo creo!
Mora en mi persona
tanta turbación de placer,
que me hace no sentir
todo el gozo que poseo.

MELIBEA. Señor mío,
pues me fié en tus manos,
no quieras perderme por tan breve deleite
y en tan poco espacio;
que las cosas mal hechas,
después de cometidas,
más pronto se pueden reprehender
que emendar.
No pidas ni tomes aquello
que tomado no será en tu mano devolver.

CALISTO. Señora,
pues por conseguir esta merced
toda mi vida he gastado,
¿qué sería, cuando me la diesen, desecharla?
No me pidas tal cobardía,
no es hacer tal cosa de ninguno que hombre sea,
nadando por este fuego de tu deseo.

MELIBEA. Por mi vida,
que aunque hable tu lengua cuanto quisiere,
no obren las manos cuanto pueden.
Que te baste, pues ya soy tuya,
gozar de lo exterior.
Cata, que del buen pastor es propio
trasquilar su ganado,
pero no destruirlo y estragarlo.

CALISTO. ¿Para qué?
¿Para tomar el juego de comienzo?
Perdona, señora,
a mis desvergonzadas manos,

que jamás pensaron de tocar tu ropa,
tus lindas y delicadas carnes.

MELIBEA. Apártate allá, Lucrecia.

CALISTO. ¿Por qué, mi señora?
Bien me huelgo
que estén semejantes testigos de mi gloria.

MELIBEA. Yo no los quiero de mi yerro.
Si pensara que tan desmesuradamente
te habías de haber conmigo,
no fiara mi persona de tu cruel conversación.

LUCRECIA. (¡Mala landre me mate!
¡Que me esté yo deshaciendo de dentera,
y ella esquivándose
por que la rueguen!)

MELIBEA: Holguemos de otros mil modos
que yo te mostraré,
no me destroces ni maltrates.
¿Qué provecho te trae dañar mis vestiduras?

CALISTO. Señora, el que quiere comer el ave,
quita primero las plumas. (*La fuerza*).

LUCRECIA. (Si estos necios de sus criados
me hablasen entre día,
también me lo haría yo,
¡pero esperan que los tengo de ir a buscar!)

MELIBEA. ¡Oh mi vida y mi señor!
¿Cómo has querido
que pierda el nombre y la corona de virgen
por tan breve deleite?
¡Oh, pecadora de mi madre!
Si tal cosa supieses,
cómo tomarías de grado tu muerte,
y me la darías a mí por fuerza!
¡Oh mi padre honrado,
cómo he dañado tu fama,
y cómo he dado causa a quebrantar tu casa!

SEMPRONIO. Antes quisiera haberte escuchado
esos aspavientos
¡Y el bobo de Calisto que se lo escucha!

CALISTO. Jamás querría, señora,
que amaneciese,
según la gloria y descanso
que mi sentido recibe
de la noble conversación
de tus delicados miembros.

MELIBEA. Señor, por Dios,
pues ya todo queda por ti,
pues ya soy tu dueña,
pues ya no puedes negar mi amor,
no me niegues tu vista de día, pasando por mi puerta;
de noche, donde tú ordenares.

CALISTO. No parece que haya pasado ni una hora
desde que estamos aquí
y ya da el reloj las tres.

MELIBEA. Sea tu venida
por este secreto lugar
a la misma hora,
para que siempre te espere apercebida
del gozo con que quedo;
vete con Dios, que no serás visto,
que está muy oscuro...

(Sempronio oye ruidos en la calle).

SEMPRONIO. ¡Escucha, escucha!
¿Oyes, Pármene?
¡A malas andan! ¡Muertos somos!
¡Bota presto!
¡Echa hacia casa de Celestina,
no nos atajen por nuestra casa!

PÁRMENO. ¡Huye, huye, que corres poco!
¡Oh pecador de mí,

si nos han de alcanzar...
(*Huyen*).

MELIBEA. Señor Calisto,
¿qué es eso que suena en la calle?
Parecen voces de gente que van de huida.
Por Dios, mírate, que estás a peligro.

CALISTO. Señora,
Sempronio es aquel que da voces.
Dame presto mi capa, que está debajo de ti.
¡Déjame, por Dios, señora!

MELIBEA. ¡Oh, desdichada de mí!
Y ¿cómo vas con tanta prisa?
Lucrecia, ven presto acá,
que es ido Calisto a un ruido.

(*Cae Calisto queriendo salir del huerto*).

CALISTO. ¡Oh, válgame Santa María, muerto soy!
¡Confesión! (*Muere*).

LUCRECIA. ¡Escucha, escucha!
¡Gran mal es éste!

MELIBEA. ¿Qué es esto que oigo,
amarga de mí?
¿Qué es esto?
¿Qué puede ser tan áspero suceso?
Ayúdame a subir, Lucrecia,
y veré mi dolor.

3. *[Casa de Celestina]. Sempronio, Pármene, Celestina, Elicia.*

SEMPRONIO. ¿Y si han muerto ya a nuestro amo?

PÁRMENO. No sé; no me digas nada,
que el menor cuidado mío, es ese.

SEMPRONIO. He andado por casas ajenas harto tiempo;
pero nunca como esta vez
tuve miedo de morir.
(*Toca la puerta de Celestina*)
¡Ta, ta! Celestina, ábrenos.

CELESTINA. ¿Quién llama?

SEMPRONIO. Abre, que son tus hijos.

CELESTINA. No tengo yo hijos
que anden a tal hora.

SEMPRONIO. Ábrenos a Pármene y a Sempronio,
que nos venimos acá almorzar contigo.

CELESTINA. ¡Oh locos, traviesos,
entrad, entrad!
¿Cómo venís a tal hora,
que ya amanece?
¿Qué habés hecho?
¿Se despidió la esperanza de Calisto
o vive todavía con ella?

SEMPRONIO. ¿Cómo, madre?
Si por nosotros no fuera,
ya anduviera su alma buscando
posada para siempre.

CELESTINA. ¡Jesú!
¿Que en tanta afrenta os habés visto?
Cuéntamelo, por Dios.

SEMPRONIO. Mira qué tanta,
que por mi vida
la sangre me hierva en el cuerpo

en tornarlo a pensar.

CELESTINA. Reposa, por Dios, y dímelo.

PÁRMENO. Cosa larga le pides.
Harías mejor en darnos algo de almorzar:
por ver si nos amansa la ira que traemos
que no pudimos vengarla en los que huyeron.

CELESTINA. ¡Landre me mate!
Creo que te burlas.
Dímelo ahora, Sempronio,
tú, por mi vida: ¿qué os ha pasado?

SEMPRONIO. Por Dios, sin seso vengo.
Traigo, señora,
todas las armas perdidas,
que no tengo ya con qué salir con mi amo.
Pues ¿comprarlas de nuevo?
¡No tengo un maravedí
en qué caerme muerto!

CELESTINA. Pídelas, hijo, a tu amo,
pues en su servicio se quebraron.
Él es tan generoso,
te dará para eso y para más.

SEMPRONIO. ¡Ja!
Trae también Pármeno perdidas las tuyas.
¡A este cuento, en armas se le irá su hacienda!
Nos dio las cien monedas;
nos dio después la cadena.
¡Caro le costaría este negocio!
No lo perdamos todo por querer más de la razón.

CELESTINA. ¡Gracioso es el asno!
¿Estás en tu seso, Sempronio?
¿Soy yo obligada a soldar vuestras armas?
En verdad,
que me maten si no te has asido a una palabrilla
que te dije el otro día:
que cuanto yo tenía era tuyo,
y que,

si Dios me diese buena mano derecha con tu amo,
que tú no perderías nada.
Pues ya sabes, Sempronio,
estas palabras de buen amor,
no obligan.

Tengo, hijo, un pesar
que se me quiere salir esta alma de enojo.
Di a esta loca de Elicia la cadenilla,
a que se holgase con ella,
y no se puede acordar dónde la puso;
que esta noche, ella ni yo,
no hemos dormido del pesar.
No por el valor, que no era mucho,
sino por mi mala dicha;
temo que unos conocidos míos
se la hayan llevado, diciendo:
«Si te vi, no me acuerdo».

Así que, hijos,
si algo vuestro amo a mí me dio,
debés mirar que es mío.
Que de tu jubón no te pedí yo parte.
Que si me ha dado algo,
dos veces he puesto por él
mi vida al tablero.
Que todo me cuesta, hijos, dinero;
que no lo he alcanzado holgando,
de lo cual fuera buen testigo
su madre de Pármene,
¡Dios haya su alma!

Esto tengo yo por oficio y trabajo,
vosotros por recreación y deleite.
Pero, si mi cadena aparece,
os daré sendos pares de calzas.
Y si no os contentares,
será en vuestro daño.

SEMPRONIO. No es ésta la primera vez
que yo he dicho cuánto en los viejos
reina la codicia.
¿Quién la oyó esta vieja decir

que me llevase yo todo el provecho,
pensando que sería poco?
Ahora que lo vee crecido,
no quiere dar nada;
por cumplir el refrán de los niños,
«De lo poco, poco; de lo mucho, nada».

PÁRMENO. Que te de lo que prometió,
o tomémoselo todo.

CELESTINA. Si mucho enojo traés con vuestro amo,
no lo quebréis en mí.
Barrunto de dónde nace esto:
pensáis que os he de tener
toda la vida atados con Elicia y Areúsa,
sin quereros buscar otras.
Pues callad, que quien éstas os supo acarrear,
os dará otras diez.
Y sé cumplir lo que prometo en este caso,
dígalo Pármeno.

SEMPRONIO. Yo le digo que se vaya
y se baja las bragas.
No te burles de nuestra demanda,
a perro viejo no hay “cuz-cuz”.
Danos las dos partes que has recibido de Calisto,
no quieras que se descubra quién tú eres.

CELESTINA. ¿Quién soy yo, Sempronio?
¿Me quitaste de la putería?
Calla tu lengua,
no amengües mis canas,
que soy una vieja cual Dios me hizo,
no peor que todas.
Vivo de mi oficio
como cada cual del suyo.
A quien no me quiere no le busco,
de mi casa me vienen a sacar,
déjame con mi fortuna.
Y tú, Pármeno,
no pienses que soy tu prisionera
por saber mis secretos
con tu desdichada madre.

PÁRMENO. ¡No me hanches las narices
con esas memorias,
o te enviaré con ella,
donde mejor te puedas quejar!

CELESTINA. ¡Elicia, Elicia,
levántate de esa cama!
¡Dame mi manto presto,
que me voy a que me ayude la justicia!
¿Qué quieren decir tales amenazas en mi casa?
¿Con una oveja mansa
tenéis manos y braveza?,
¿con una gallina atada?,
¡Con hombres como vosotros
mostrad vuestras iras
no contra mi flaca rueca!

SEMPRONIO. ¡Oh vieja avarienta!
¿No serás contenta
con la tercia parte de lo ganado?

CELESTINA. ¿Qué tercia parte?
¡Vete con Dios de mi casa tú,
y ese otro!
No me hagáis salir de seso,
no queráis que salgan a la plaza
las cosas de Calisto y vuestras.

SEMPRONIO. ¡Da voces,
que cumplirás lo que prometiste,
o cumplirás hoy tus días!

ELICIA. ¡Mete, por Dios, la espada!
¡Tenle, Pármeno, tenle!

CELESTINA. ¡Justicia,
señores vecinos!
¡Justicia!
¡Que me matan en mi casa!

SEMPRONIO. Espera, doña hechicera,
que yo te haré ir al infierno

con credenciales.

CELESTINA. ¡Ay, ay, confesión!

PÁRMENO. ¡Dale, dale, acábala!
¡De los enemigos, los menos!

CELESTINA. ¡Confesión!

ELICIA. ¡Oh crueles!
¡Muerta es mi madre y mi bien todo!

SEMPRONIO. ¡Huye, huye, Pármeno,
que llega mucha gente!
¡Cuidado, cuidado,
que viene el alguacil!

PÁRMENO. ¡Oh pecador de mí,
que no hay por dónde salir,
que está ya tomada la puerta!

SEMPRONIO. ¡Saltemos por las ventanas,
no muramos en poder de la justicia!

PÁRMENO. Salta, yo tras de ti voy.

(Sempronio y Pármeno caen y mueren.)

ELICIA. *(Los ve caer)* ¡Muertos son!

4. *[Casa de Pleberio]. Melibea, Pleberio, Lucrecia.*

MELIBEA. ¡Oh la más de las tristes triste;
tan poco tiempo alcanzado el placer,
tan presto venido el dolor!

LUCRECIA. Señora,
no rasgues tu cara
ni meses tus cabellos.
¡Señora, señora! ¿No me oyes?

Ten esfuerzo para sufrir la pena,
pues tuviste osadía para el placer.
Avívate, fingiremos otro mal,
para poder encubrir éste.

MELIBEA. Ya no quiero más vivir. (*Lucrecia sale a buscar a Pleberio*).
¿Cómo tuve en tan poco la gloria
que entre mis manos tuve?
Ya estoy sola;
bien se dispone la manera de mi morir;
algún alivio siento
en ver que pronto podré visitar en este día,
al que me visitó la pasada noche;
y que podré contar a Pleberio, mi señor,
la causa de mi ya decidido fin.
(Gran sinrazón hago a sus canas;
gran fatiga le acarreo con mi falta;
en gran soledad le dejo.)

Caso es que mi muerte disminuya
los días de mis queridos padres.
Con mi pena,
con mi muerte,
purgo la culpa
que de su dolor se me puede poner.
Otros muchos crueles hubo
que mataron hijos y hermanos,
debajo de cuyos yerros
el mío no parecerá grande:
Verdad es que,
no había de remedar
los que mal hicieron;

pero no es más en mi mano.
Tú, Señor,
que de mi habla eres testigo,
ves mi poco poder,
ves cuán prisionera tengo mi libertad...

(Entran Pleberio y Lucrecia).

PLEBERIO. ¿Qué quieres, Lucrecia?
¿Qué quieres tan presurosa?
¿Qué mal tan arrebatado puede ser
que no haya yo tenido tiempo de vestirme?

LUCRECIA. Señor,
apresúrate si la quieres ver viva.

PLEBERIO. Hija mía, Melibea,
¿qué es esto?
Mírame, que soy tu padre.
Háblame por Dios.
Dime la razón de tu dolor,
para que pronto sea remediado.
Ya sabes que no tengo otro bien
sino a ti.

MELIBEA. *(Calla).*

PLEBERIO. Hija, mi bien amada,
si tú me cuentas tu mal,
encontraremos el remedio,
que ni faltarán medicinas,
ni médicos, ni sirvientes
para buscar tu salud,
ahora consista en yerbas,
o en piedras, o en palabras.
No me atormentes
y dime ¿qué sientes?

MELIBEA. *(Calla)*

PLEBERIO. ¿Quieres que suba allá?

MELIBEA. Padre mío,

no luches por venir a donde yo estoy,
que estorbarás lo que quiero decirte.
No me digas nada,
que cuando el corazón está embargado de dolor,
están cerrados los oídos al consejo.
Oye, padre, mis últimas palabras;
y si como yo espero las recibes,
no culparás mi yerro.

Hace días, padre mío,
que penaba por mi amor un caballero
que se llamaba Calisto.
Era tanta su pena
y tan poco el lugar para hablarme,
que descubrió su pasión a una astuta y sagaz mujer,
de nombre Celestina;
la cual, viniendo de su parte,
sacó mi secreto amor de mi pecho.
Descubrí a ella
lo que a mi querida madre encubría;
tuvo manera para ganar mi querer.
Y ordenó cómo su deseo y el mío tuvieran efecto.
Si él mucho me amaba, no vivía engañado.
Vencida de su amor,
le di entrada en tu casa.
Quebrantó las paredes de tu huerto;
quebrantó mi propósito: perdí mi virginidad.
A la vuelta de su venida,
como las paredes eran altas,
la noche oscura,
y él bajaba presuroso,
no vio bien los pasos,
puso el pie en vacío y cayó.
¿Qué crueldad sería, padre mío,
muriendo él despeñado,
que viviese yo penada?
Su muerte convida a la mía.
¡Oh padre mío, muy amado!
Te ruego que sean juntas nuestras sepulturas.
Algunas palabras te diría antes de mi fin,
sacadas de aquellos antiguos libros que tú,
por aclarar mi ingenio, me mandabas leer,
pero ya la memoria

con la gran turbación
me las ha perdido.
Salúdame a mi querida
y muy amada madre:
sepa de ti largamente
la triste razón por que muero.
Gran placer llevo de no verla presente.
Gran dolor llevo de mí,
mayor de ti,
y muy mayor de mi vieja madre.
Dios quede contigo y con ella;
a Él ofrezco mi alma.
Pon tú en cobro este cuerpo
que allá baja.

(Melibea cae. Muere).

(Lucrecia sale. Va por Alisa).

5. *[Casa de Pleberio]. Pleberio, Alisa, Lucrecia.*

(Entran Lucrecia y Alisa).

ALISA. ¿Qué es esto, señor Pleberio?

¿Por qué maldices tu honrada vejez?

¿Por qué pides la muerte?

¿Es algún mal de Melibea?

Por Dios que me lo digas,

porque si ella pena,

no quiero yo vivir.

PLEBERIO. ¡Ay, no queramos más vivir!

Ves allí a la que tú pariste y yo engendré,

hecha pedazos.

Terribles días me sobran para vivir.

¡Oh mi hija y mi bien todo,

más dignos eran mis sesenta años de la sepultura,

que tus veinte.

(Alisa se desploma sobre Melibea).

¡Oh mujer mía, levántate de sobre ella,

y si alguna vida te queda,

gástala conmigo en tristes gemidos!

Y si por caso tu espíritu reposa con el suyo,

si ya has dejado esta vida de dolor,

¿por qué quisiste que yo lo pase todo?

¡Oh duro corazón de padre!

¿Cómo no te quiebras de dolor,

que ya quedas sin tu amada heredera?

¿Para quién edificué torres?

¿Para quién adquirí honras?

¿Para quién planté árboles?

¿Para quién fabriqué navíos?

¡Oh tierra dura! ¿Cómo me sostienes?

¿Adónde hallará abrigo

mi desconsolada vejez?

¡Oh fortuna variable!

¿Por qué no ejecutaste tu cruel ira,

en aquello que es material?

¿Por qué no destruiste mi patrimonio?
¿Por qué no quemaste mi morada?
Dejárame aquella florida planta
y diérame, fortuna inconstante,
una vejez alegre.

¡Oh mundo, mundo!
Yo pensaba
que eran tus hechos regidos por algún orden;
ahora,
me pareces un laberinto de errores,
un desierto espantable,
una morada de fieras,
monte alto,
prado de serpientes,
río de lágrimas,
mar de miserias,
falsa alegría,
verdadero dolor.

Cébasnos, mundo falso,
con el manjar de tus deleites;
y al mejor sabor
nos descubres el anzuelo.

Muchos te dejaron con temor
de tu arrebatado dejar;
bienaventurados se llamarán
cuando vean el galardón
que a este padre has dado
en pago de tan largo servicio.

¡Oh lastimado viejo,
que cuanto más busco consuelos,
menos razón hallo para me consolar!
Y yo no lloro, triste, a ella muerta,
pero la causa desastrada de su morir.
¿Quién forzó a mi hija a morir
sino la fuerte fuerza de amor?

¡Oh amor, amor,
que no pensé que tenías poder
de matar a tus sujetos!

Herida fue de ti mi juventud;
por medio de tus brasas pasé.
¿Cómo me soltaste
para hacerme dar la paga en mi vejez?
No pensé que tomabas en los hijos
la venganza de los padres.

¿Quién te dio tanto poder?
¿Quién te puso nombre que no te conviene?
Enemigo de amigos,
amigo de enemigos,
¿por qué te riges sin orden ni concierto?

Del mundo me quejo porque en sí me crió,
porque, no me dando vida,
no engendrara en él a Melibea;
no nacida, no amara;
no amando,
cesara mi quejosa
y desconsolada postrimería.

¡Oh mi compañera buena!
¡Oh mi hija despedazada!
¿Por qué no quisiste que estorbase tu muerte?
¿Por qué no tuviste lástima
de tu querida y amada madre?
¿Por qué te mostraste tan cruel
con tu viejo padre?
¿Por qué me dejaste,
cuando yo te había de dejar?
¿Por qué me dejaste triste y solo
en este valle de lágrimas?

----FIN---